

COLECCION UNIVERSAL

N.º 85

C. CORNELIO TACITO

La Germania

y

Diálogo de los oradores



UNIVERSITAT DE LLEIDA
Biblioteca



1600077261

MADRID-BARCELONA
MCMXIX

COLECCION UNIVERSAL

Precio del número, 0,30 ptas.

OBRAS PUBLICADAS

Filosofía y Pedagogía.

N.º 7.—KANT: **LA PAZ PERPETUA.** — Traducción del alemán por F. Rivera Pastor.

N.º 36 y 37.—CICERON: **CUESTIONES ACADÉMICAS.** — Traducción del latín por A. Millares.

N.º 48.—LEIBNITZ: **OPUSCULOS FILOSOFICOS.** — Traducción del francés por M. G. Morente.

N.º 71.—KANT: **LO BELLO Y LO SUBLIME.** Ensayos de crítica.— Traducción del alemán por A. Sánchez Rivero.

N.º 85.—C. CORNELIO TACITO: **DIALOGO DE LOS ORADORES.** Traducción del latín por D. C. Sixto y D. J. Ezquerria, revisada y corregida.

Historia.

N.º 49, 50 y 51.—PLUTARCO: **VIDAS PARALELAS.** — Traducción del griego por A. R. Romanillos, revisada y corregida.

N.º 78, 79 y 80.—J. CESAR: **COMENTARIO DE LA GUERRA DE LAS GALIAS.** — Tra-

ducción del latín por J. Goya y Munlaín, revisada y corregida.

N.º 85.—C. CORNELIO TACITO: **LA GERMANIA.** — Traducción del latín por D. Alamos Barrientos, revisada y corregida.

Poesía.

N.º 1, 2, 3 y 4.—**POEMA DEL CID.** — Texto y traducción por Alfonso Reyes.

N.º 27.—ANTONIO MACHADO: **SOLEDADES,**

GALERIAS Y OTROS POEMAS. — Segunda edición.

N.º 83 y 84.—GARCILASO DE LA VEGA: **POESIAS.**

Teatro.

N.º 5 y 6.—LOPE DE VEGA: **FUENTE OVEJUNA.** Comedia.—Edición revisada por Américo Castro.

N.º 55 y 56.—RUIZ DE ALARCON: **LOS PECHOS PRIVILEGIADOS.** — Edición preparada por Alfonso Reyes.

N.º 69 y 70.—TIRSO DE MOLINA: **EL CONDE-**

NADO POR DESCONFIADO. Comedia.—Edición cuidada por A. Castro.

N.º 89 y 90.—A. CARON DE BEAUMARCHAIS. **EL BARBERO DE SEVILLA.** — Traducción del francés por J. I. Alberti y E. López Alarcón.

COLECCION UNIVERSAL

C. Cornelio Tácito

LA GERMANIA Y DIÁLOGO DE LOS ORADORES

MCMXIX

ES PROPIEDAD

Copyright by Calpe, 1919

Papel fabricado especialmente por La Papelera Española.

872 TAC

1600077261
SGG

COLECCION UNIVERSAL

C. CORNELIO TÁCITO

La Germania

y

Diálogo de los oradores

Las traducciones de Alamos Barrientos, Sixto y Ezquerria
han sido cuidadosamente revisadas y corregidas.



FONS S. GILI I GAYA

MADRID-BARCELONA
MCMXIX

0074-70260



Imprenta Clásica Española, Glorieta de Chamberí, Madrid.

De la vida de Cayo Cornelio Tácito, autor del Diálogo de los Oradores y de la Germania, tenemos escasas noticias, sacadas, en su mayoría, de sus propias obras. Hijo de un procurador de la Galia belga, nació, probablemente, entre los años 54 y 56, y casó en 78 con la hija de Agricola. Su carrera política empezó durante el reinado de Vespasiano; fué, sucesivamente, edil, pretor y tribuno—en 88—, y alcanzó el consulado en 97; ya en esta fecha había producido el Diálogo; la mayoría de los críticos colocan la fecha de composición de la Germania en el año de su consulado; las Historias y Anales, sus obras fundamentales, que nos dan a conocer en toda su plenitud el genio de Tácito, son posteriores e incompletas. El gran historiador romano—que fué también insigne orador—debió morir hacia el año 134.

Tanto el Diálogo de los Oradores como la Germania permanecieron ignorados hasta el promedio del siglo XV. Su descubridor fué el monje Henoch de Ascali, que había sido encargado por el papa Nicolás V de buscar y copiar en los monasterios de Francia, Alemania y Dinamarca antiguos monumentos. El códice original contenía, además del Diálogo y de la Germania, un fragmento del De virus illustribus, de Suetonio. Los manuscritos que hoy conocemos son

copias de la copia hecha por Henoch del original; tanto éste como la transcripción primitiva se han perdido.

*No todos los eruditos que han estudiado la primera de ambas obras la han atribuido a Tácito. Justo Lipsio se la adjudicó a Quintiliano, y otros optaron por Plinio el «Joven» o Suetonio. Razones de orden cronológico, de una parte, y estilísticas, de otra, han hecho inclinar la balanza en favor del autor del *Agrícola* y de los *Anales*, y hoy está fuera de duda que él, y no otro, es el autor de este interesante tratado.*

*La traducción de la *Germania* que publicamos es la que dió a luz en el año 1794 D. Baltasar Alamos Barrientos, y la del *Diálogo de los Oradores* es la que publicaron en el mismo volumen D. Cayetano Sixto y D. Joaquín Ezquerria.*

*Las correcciones que, tanto en ella como en la *Germania*—obra del mismo traductor—, hemos hecho responden, en su mayoría, a las mejoras que la crítica moderna ha introducido, generalmente en virtud de plausibles conjeturas, en el texto original; a este fin nos hemos servido de la edición de H. Gætzler, publicada en 1887 (1).*

*La *Germania*, según hemos dicho, formaba parte del códice perdido descubierto por Henoch. En esta obra, llena de inmenso interés, el autor parece escri-*

(1) *Cornelii Taciti opera. Œuvres de Tacite.—Dialogue des Orateurs. Texte latin, revue et publié d'après les travaux les plus récents avec un commentaire, critique, filologique et explicatif... par Henry Gætzler. Paris. Hachette, 1887.*

bir guiado del propósito de dar a conocer a los romanos países y regiones ignorados por ellos. El estilo de Tácito en este libro no tiene aún la enérgica concisión que el de los Anales; la *Germania*, como obra destinada seguramente a ser leída en público, abunda en pleonasmos y redundancias, debidos, sin duda, a la educación de Tácito, eminentemente oratoria.

Para la revisión, hemos tenido presente el texto publicado por Gælzer, cuya sexta edición data de 1911 (1).

(1) Tacite. *La Germanie*. Texte latin publié avec une introduction, des notices, des notes, et une carte, par H. Gælzer. Paris. Hachette, 1911.

DEL SITIO, COSTUMBRES Y PUEBLOS DE LA GERMANIA

1. La Germania (1), en conjunto, está separada de las Galias, Retias y Panonias por el Rhin y el Danubio, y de los Sármatas y Dacos o por los montes, o el miedo que se tienen los unos a los otros. El océano cerca lo demás, abrazando grandísimas islas y golfos, y algunas naciones y reyes, de que con la guerra se ha tenido noticia poco ha. El Rhin, saliendo de lo más alto e inaccesible de los Alpes de la Retia, y habiendo corrido un poco hacia Occidente, vuelve derecho hasta meterse en el Océano Septentrional. El Danubio nace en la cumbre de Abnoba, monte, aunque alto, no áspero, y habiendo pasado por muchas y diferentes tierras, entra en el mar Póntico por seis bocas, que la séptima, antes de llegar a la mar, se pierde en las Islas.

2. Yo me inclinaria a creer que los germanos tienen su origen en la misma tierra, y que no están mezclados con la venida y hospedaje de otras gen-

(1) La Germania bárbara o transrenana, por oposición con la romana.

tes, porque los que antiguamente querian mudar de habitación, las buscaban por mar y no por tierra, y de nuestro mar van muy pocas veces navios a aquel grande océano, que, para decirlo asi, está opuesto al nuestro. Y, ¿quién quisiera dejar el Asia, Africa o Italia, y desafiando los peligros de un mar horrible y no conocido, ir a buscar a Germania, tierra sin forma de ello, de áspero cielo, de ruin habitación y triste vista, si no es para los que fuere su patria?

Celebran en versos antiguos—que es sólo el género de anales y memoria que tienen—un dios llamado Tuiston, nacido de la tierra, y su hijo Manno, de los cuales, dicen, tiene principio la nación. Manno dejó tres hijos, de los nombres de los cuales se llaman Ingevones los que habitan cerca del océano, Hermionones los que viven la tierra adentro, y los demás Istevones. Bien que otros, con la licencia que da la mucha antigüedad de las cosas, afirman que el dios Manno tuvo más hijos, de cuyos nombres se llamaron así los Marsos, Gambrivios, Suevos, Vandilios, y que éstos son sus verdaderos y antiguos nombres. Que el de Germania es nuevo, y añadido poco ha, porque los primeros que pasaron el Rhin y echaron a los Galos de sus tierras, se llamaron entonces Tungros, y ahora se llaman Germanos. Y de tal manera fué prevaleciendo el nombre, no de la raza, sino el de este pueblo, que todos los demás, al principio, tomaron el nombre de los vencedores, por el miedo que causaban (1), y se llamaban Tungros; y después inventa-

(1) Para intimidar a los Galos.

ron ellos mismos propio y particular nombre, y se denominaron universalmente Germanos.

3. También cuentan que hubo un Hércules (1) en esta tierra, y al marchar al combate entonan cánticos, celebrándole como el primero entre los hombres de valor. Poseen también ciertos famosos cantos llamados *bardito*, que les incitan a la lucha y les auguran el resultado de la misma; en efecto, porque, o se hacen temer o tienen miedo, según más o menos bien responde y resuena el escuadrón: y esto es para ellos más indicio de valor que armonía de voces. Desean y procuran con cuidado un son áspero y espantable, poniéndose los escudos delante de la boca, para que, detenida la voz, se hinche y se levante más. Piensan algunos que Ulises, en su larga y fabulosa navegación en que anduvo vagando, llegó a este océano, entró en Germania y fundó en ella la ciudad a que llamó Asciburgio, lugar asentado a la ribera del Rhin, y habitado hoy día; que en tiempos pasados se halló allí un altar consagrado a Ulises, en que también estaba escrito el nombre de Laertes, su padre, y que en los confines de Alemania y Retia se ven hoy día letras griegas en mármoles y sepulcros. Pero no quiero confirmar esto con argumentos, ni menos refutarlo; cada cual crea o no crea—lo que quisiere—, conforme a su ingenio.

4. Yo soy de la opinión de los que entienden que los germanos nunca se juntaron en casamiento con

(1) Denominación greco-latina del dios germánico *Thor* o *Donar*.

otras naciones, y que así se han conservado puros y sencillos, sin parecerse sino a sí mismos. De donde procede que un número tan grande de gente tienen casi todos la misma disposición y talle, los ojos azules y fieros, los cabellos rubios, los cuerpos grandes, y fuertes solamente para el primer impetu. No tienen el mismo sufrimiento en el trabajo y obras de él, no soportan el calor y la sed, pero llevan bien el hambre y el frío, como acostumbrados a la aspereza e inclemencia de tal suelo y cielo.

5. La tierra, aunque hay diferencia en algunas partes, es universalmente sombría por los bosques, y fea y manchada por las lagunas que tiene. Por la parte que mira las provincias de las Galias es más húmeda, y por la que el Norico (1) y Panonia, más expuesta a la acción de los vientos. Es fértil de sembrados, aunque no sufre frutales; tiene abundancia de ganados, pero, por lo general, de poco tamaño; ni los bueyes tienen su acostumbrada hermosura, ni la alabanza—que suelen—por su frente (2). Huélganse de tener mucha cantidad, por ser esas solas sus riquezas y las que más les agradan. No tienen plata ni oro, y no sé si fué benignidad o rigor de los dioses el negárselo. Con todo, no me atrevería a afirmar, no habiéndolo nadie escudriñado, que no hay en Germania venas de plata y oro. Cierto es que no se les da tanto como a nosotros, por la posesión y uso de ello, porque vemos que de algunos vasos de estos

(1) Región situada al S. del Danubio.

(2) Que son de pequeños cuernos.

metales, que se presentaron a sus embajadores y príncipes, no hacen más caso que si fueran de barro. Bien es verdad que los que viven en nuestras fronteras, a causa del comercio, estiman el oro y la plata, y conocen y escogen algunas monedas de las nuestras; pero los que habitan la tierra adentro tratan más sencillamente, y a la costumbre antigua, trocando unas cosas por otras. Prefieren la moneda antigua (1) y conocida, como son serratos y bigatos (2), y se inclinan más a la plata que al oro, no por afición particular que la tengan, sino porque el número de las monedas de plata es más acomodado para comprar menudencias y cosas usuales.

6. No tienen hierro en abundancia, como se puede colegir de sus armas. Pocos usan de espadas ni lanzas largas; pero tienen ciertas astas, que ellos llaman *frameas*, con un hierro angosto y corto, pero tan agudo y tan fácil de manejar, que se puede pelear con ella de lejos y de cerca, según la necesidad. La gente de a caballo se contenta con escudo y *framea*; la infantería se sirve también de armas arrojadizas, y trae cada uno muchas, las cuales tiran muy lejos. Andan desnudos, o con un sayo ligero. No son curiosos en su traje. Sólo traen los escudos muy pintados y de muy escogidos colores. Pocos traen lorigas, y apenas se halla uno o dos con casco de metal

(1) De tiempos de la República.

(2) *Serrati nummi*: denario de plata, cuyo borde estaba dentado a manera de sierra; *bigatus nummus*: denario de plata con la efigie de una victoria montada en una figa (carro de dos caballos).

o de cuero. Los caballos no son bien hechos ni ligeros, ni los enseñan a volver a una mano y a otra y a hacer caracoles, según nuestra usanza; de una carrera derecha, o volviendo a una mano todos en tropa, hacen su efecto con tanto orden que ninguno se queda atrás. Y todo bien considerado, se hallará que sus mayores fuerzas consisten en la infantería; y así, pelean mezclados, respondiendo admirablemente al paso de los caballos la ligereza de los infantes, que se ponen al frente del escuadrón, por ser mancebos escogidos entre todos. Hay número señalado de ellos; de cada pueblo, ciento, y tienen entre los suyos este mismo nombre (1). Y quedóles por títulos de dignidad y honra, lo que al principio no fué más que número. El escuadrón se compone de escuadras formadas en punta. El retirarse, como sea para volver a acometer, tienen más por ardid y buen consejo que por miedo. Retiran sus muertos, aun cuando está en duda la batalla. El mayor delito y flaqueza entre ellos es dejar el escudo. Y los que han caído en tal ignominia no pueden hallarse presentes a los sacrificios ni juntas, y muchos, habiéndose escapado de la batalla, acabaron su infamia ahorcándose.

7. Eligen sus reyes por la nobleza; pero sus capitanes, por el valor. El poder de los reyes no es absoluto perpetuo. Y los capitanes, si se muestran más prontos y atrevidos, y son los primeros que pelean delante del escuadrón, gobiernan más por el ejemplo que dan de su valor y admiración de esto, que por

(1) Los «Cien».

el imperio ni autoridad del cargo. Por lo demás, el castigar, prender y azotar no se permite sino a los sacerdotes, y no como por pena, ni por mandato del capitán, sino como si lo mandara Dios, que, según ellos, asiste a los que pelean. Llevan a la guerra algunas imágenes e insignias, que sacan de los bosques sagrados, y lo que principalmente los incita a ser valientes y esforzados es que no hacen sus escuadras y compañías de toda suerte de gentes (1), como se ofrecen acaso, sino de cada familia y parentela aparte. Y al entrar en la batalla tienen cerca sus prendas más queridas, para que puedan oír los alaridos de las mujeres y los gritos de los niños. Estos son los fieles testigos de sus hechos y los que más los alaban y engrandecen. Cuando se ven heridos, van a enseñar las heridas a sus madres y a sus mujeres, y ellas no tienen pavor de contarlas ni de examinarlas con cuidado, y en medio de la batalla les llevan alimentos y consejos.

8. De manera que algunas veces, según ellos cuentan, han restaurado las mujeres batallas ya casi perdidas, haciendo volver los escuadrones que se inclinaban a huir, con la constancia de sus ruegos, con ponerles delante los pechos y representarles el cercano cautiverio que de esto se seguiría, el cual temen con mayor vehemencia por causa de ellas; tanto, que se puede tener mayor confianza de las ciudades, que entre sus rehenes dan algunas doncellas nobles. Porque aun se persuaden de que hay en ellas un no sé

(1) De caballos. De infantes.

qué de santidad y prudencia, y por esto no menosprecian sus consejos ni estiman en poco sus respuestas. Así lo vimos en el imperio del Divo Vespasiano, que algunos tuvieron mucho tiempo a Veleda en lugar de diosa. Y también antiguamente habiah venerado a Aurinia y a otras muchas, y esto no por adulación, ni como que ellos las hiciesen diosas, sino por tenerlas por tales.

9. Reverencian a Mercurio sobre todos sus dioses, y ciertos dias del año tienen por licito sacrificarle hombres para aplacarle. A Hércules y a Marte hacen, con igual fin, sacrificios de animales permitidos. Parté de los Suevos adora a Isis; de donde les haya venido esta religión extranjera no es cosa averiguada, aunque la estatua de la diosa, que es hecha en forma de nave libúrnica (1) muestra habérsela traído por mar. Piensan que no es decente a la majestad de los dioses tenerlos encerrados entre paredes o darles figura humana. Consagran muchas selvas y bosques, y de los nombres de los dioses llaman aquellos lugares secretos, que miran solamente con veneración.

10. Observan, como los que más, los agüeros y suertes (2). El uso de éstas es muy sencillo. Cortan de algún frutal una varilla, la cual, hecha pedazos, y puesta en cada uno cierta señal, la echan, sin mi-

(1) Nave muy ligera, terminada en punta por ambos extremos.

(2) La palabra *sortes* designaba los objetos usados para decidir algo por medio de la suerte.

rar cómo, sobre una vestidura blanca. Luego el sacerdote de la ciudad, si es que se trata de negocio público, o el padre de familia, si es de cosa particular, después de haber hecho oración a los dioses, alzando los ojos al cielo, toma tres palillos, de cada vez uno, y hace la interpretación según las señales que de antemano les habían puesto. Si las suertes son contrarias, no tratan más aquel día del negocio, y si son favorables, procuran aún certificarse por agüeros. También saben ellos adivinar por el vuelo y canto de las aves. Mas es particular de esta nación observar las señales de adivinanza, que para resolverse sacan de los caballos. Estos se sustentan a expensas públicas en las mismas selvas y bosques sagrados, todos blancos, y que no han servido en ninguna obra humana, y en cuanto llevan el carro sagrado, los acompañan el sacerdote, y el rey o príncipe de la ciudad, y consideran atentamente sus relinchos y bufidos. Y a ningún agüero dan tanto crédito como a éste; no solamente el pueblo, sino también los nobles y Grandes, y los sacerdotes, los cuales se tienen a sí por ministros de los dioses, y a los caballos por sabedores de la voluntad de ellos. Observan asimismo otro agüero para saber el suceso de las guerras importantes. Procuran coger, comoquiera que sea, uno de aquella nación con quien han de hacer guerra, y le hacen entrar en batalla con uno de los más valientes de los suyos, armado cada cual con las armas de su tierra, y según la victoria del uno o del otro, juzgan lo que ha de suceder.

11. Los príncipes (1) resuelven las cosas de menor importancia, y las de mayor se tratan en junta general de todos; pero de manera que aun aquellas de que toca al pueblo el conocimiento, las traten y consideren primero los príncipes. Juntanse a tratar de los negocios públicos—si no sobreviene de repente algún caso no pensado—en ciertos días, como cuando es luna nueva, o cuando es llena, que este tiempo tienen por el más favorable para emprender cualquiera cosa. No cuentan por días, como nosotros, sino por noches. Y en esta forma hacen sus contratos y asignaciones, que parece que la noche guía el día. Tienen esta falta causada de su libertad, que no se juntan todos de una vez, ni como gentes que obedecieran una orden a plazo señalado, y así se suelen gastar dos y tres días aguardando los que han de venir. Siéntanse armados y cada uno como le agrada. Los sacerdotes mandan que se guarde silencio, y todos los obedecen, porque tienen entonces poder de castigar. Luego oyen al rey o al príncipe—que les hace los razonamientos—, según la edad, nobleza o fama de cada uno adquirida en la guerra, o según su elocuencia, teniendo más autoridad de persuadir que poderío de mandar. Si no les agrada lo propuesto, contradícenlo, haciendo estruendo y ruido con la boca; pero si les contenta, menean y sacuden las frameas. Que entre ellos es la más honrada aprobación la que se significa con las armas.

(1) Jefes de la aristocracia germana, revestidos de autoridad judicial, religiosa o militar.

12. Puede cualquiera acusar en la junta a otro, aunque sea de crimen de muerte. Las penas se dan conforme a los delitos. A los traidores y a los que se pasan al enemigo, ahorcan de un árbol, y a los cobardes e inútiles para la guerra, y a los infames que usan mal de su cuerpo, ahogan en una laguna cenagosa, echándoles encima un zarzo de mimbres. La diversidad del castigo tiene respeto a que conviene que las maldades, cuando se castigan, se muestren y manifiesten a todos; pero los pecados que proceden de flaqueza de ánimo, débense esconder aun en la pena de ellos. Por delitos menores suelen condenar a los convencidos de ellos en cierto número de caballos y ovejas, de que la una parte toca al rey o a la ciudad, y la otra al ofendido o a sus deudos. Eligen también en la misma junta los principes, que son los que administran justicia en las villas y aldeas. Asisten con cada uno de ellos cien hombres escogidos de la plebe, que les sirven de autoridad y consejo.

13. Siempre están armados cuando tratan alguna cosa, ya sea pública, ya particular; pero ninguno acostumbra traer armas antes que la ciudad le proponga por bastante para ello. Llegado este momento, uno de los principales, o su padre, o algún pariente, le adornan ante la junta con un escudo y una framea. Esta es, entre ellos, la toga (1) y el primer grado de honra de la juventud. Hasta enton-

(1) La toga viril que los romanos vestían a partir de los diez y siete años.

ces se tienen por parte de la familia; y de allí adelante, de la República.

Eligen algunas veces por príncipes algunos de la juventud, ora por su insigne nobleza, ora por los grandes servicios y merecimientos de sus padres. Y éstos se juntan con los más robustos y que por su valor se han hecho conocer y estimar, y ninguno de ellos se corre de ser camarada de los tales y de que los vean entre ellos; antes hay en la compañía sus grados más y menos honrados por parecer y juicio del que siguen. Los compañeros del príncipe procuran por todos los medios alcanzar el primer lugar cerca de él, y los príncipes ponen todo su cuidado en tener muchos y muy valientes compañeros. El andar siempre rodeados de una cuadrilla de mozos escogidos es su mayor dignidad y son sus fuerzas, que en la paz les sirve de honra; y en la guerra, de ayuda y defensa; y el aventajarse a los demás en número y valor de compañeros, no solamente les da nombre y gloria con su gente, sino también con las ciudades comarcanas, porque éstas procuran su amistad con embajadas y los honran con dones, y muchas veces, con sola la fama acaba la guerra—sin que sea necesario llegar a ellas—.

14. Cuando se viene a dar batalla es deshonor para el príncipe que se le aventaje alguno en valor; y para los compañeros y camaradas, no igualarle en el ánimo. Y si acaso el príncipe queda muerto en la batalla, el que de sus compañeros sale vivo de ella es infame para siempre, porque el principal juramento que hacen es defenderle y guardarle y atribuir tam-

bién a su gloria sus hechos valerosos. De manera que el príncipe pelea por la victoria; y los compañeros, por el príncipe. Cuando su ciudad está largo tiempo en paz y ociosidad, muchos de los mancebos nobles de ella se van a otras naciones donde saben que hay guerra, porque esta gente aborrece el reposo, y en las ocasiones de mayor peligro se hacen más fácilmente hombres esclarecidos. Y—los príncipes—no pueden sustentar aquel acompañamiento grande que traen, sino con la fuerza y con la guerra, porque de la liberalidad de su príncipe sacan ellos, el uno un buen caballo, y el otro una framea victoriosa y teñida en la sangre enemiga. Y la comida y banquetes grandes, aunque mal ordenados—que les hacen cada día—, les sirven por sueldo. Y esta liberalidad no tienen de qué hacerla, sino con guerra y robos. Y más fácilmente los persuadirán a provocar al enemigo, a peligro de ser muertos o heridos, que a labrar la tierra y esperar la cosecha y suceso del año. Y aun les parece flojedad y pereza adquirir con sudor lo que se puede alcanzar con sangre.

15. Cuando no tienen guerras, se ocupan mucho en cazas, pero más en ociosidad y en comer y dormir, a que son muy dados. Ningún hombre belicoso y fuerte se inclina al trabajo, sino que dejan el cuidado de sus moradas, hacienda y campos a las mujeres y viejos y a los más débiles de la casa. Ellos, entretanto, se dejan embotar, y es cosa extraordinaria la naturaleza de estos hombres, que tanto aman la inercia, como aborrecen el reposo. Es costumbre

en las ciudades que cada vecino dé voluntariamente al príncipe, cada año, algún ganado o parte de sus frutos, y aunque éstos lo tienen por honra, con todo les viene bien para sus necesidades. Estiman mucho los presentes de las gentes comarcanas, los cuales les envían, no solamente los particulares, sino también las ciudades; consisten en caballos escogidos, armas grandes, jaezes y collares; y nosotros también los habemos enseñado a recibir dinero.

16. Cosa sabida es que ninguno de los pueblos de Germania habita en ciudades cercadas, ni sufren que sus casas estén arrimadas unas a otras. Viven, divididos y apartados unos de otros, donde más les agrada: o la fuente, o el bosque, o el prado. No hacen sus aldeas a nuestro modo, juntando y trabando todos los edificios: cada uno cerca su casa con cierto espacio alrededor, o por remedio contra las acciones del fuego, o porque no saben edificar. No usan piedras de construcción, ni tejas, sino que para todo se sirven de informes maderos, y sin procurar con el arte que tengan hermosura, ni que puedan causar deleite. Cubren algunos lugares de una tierra tan pura y resplandeciente que imita la pintura y los colores. También suelen hacer cuevas debajo de tierra, las cuales cubren con mucho estiércol, que les sirven para retirarse en invierno y recoger allí sus frutos, porque los defienden del rigor del frío que con esto se ablanda, y si alguna vez el enemigo entra en la tierra, destruye y lleva lo que haya a mano y no llega a lo que está escondido y debajo

de tierra, o por no saber dónde está, o por no detenerse a buscarlo.

17. El vestido de todos ellos es un sayo que cierran con una hebilla, y a falta de ésta, con una espina o cosa semejante, y sin poner otra cosa sobre sí, se están todo el día al fuego. Los más ricos se diferencian en el traje; pero no traen el vestido ancho, como los sármatas y partos, sino estrecho y de manera que descubre la hechura de cada miembro. También traen pellejos de fieras, los que están cerca de la ribera del Rhin, sin ningún cuidado en esto; pero los que viven la tierra adentro, con más curiosidad, como quien no tiene otro traje aprendido con el comercio y trato de los nuestros. Escogen las fieras, y las pieles que les quitan adornan con manchas—que les hacen—, y con otras de monstruos marinos que engendra el Océano más septentrional y el mar que no conocemos. Las mujeres usan el mismo hábito que los hombres, sino que sus vestidos, las más veces, son de lienzo, teñidos con labores de púrpura y sin mangas, porque traen descubiertos los brazos y las espaldas y la parte también superior del pecho.

18. Y con todo, se guardan estrechamente entre ellos las leyes del matrimonio, que es lo que, sobre todo, se debe alabar en sus costumbres (1). Porque entre los bárbaros casi son los únicos que se contentan con una mujer, excepto algunos de los más principales, y eso no por apetito desordenado, sino que

(1) Costumbre en las dotes.

por su mucha nobleza desean todos por los casamientos emparentar con ellos. La mujer no trae dote; el marido se la da. Y los padres y parientes de ella se hallan presentes y aprueban los dones que la ofrece, y no son cosas buscadas para los deleites y regalos femeniles, ni con qué se componga y atavie la novia, sino dos bueyes y un caballo enfrenado con un escudo, una framea y una espada. Con estos dones recibe el marido a la mujer, y ella asimismo presenta al marido algunas armas. Este tienen por el vínculo más estrecho que hay entre ellos y por el sacramento y dioses de sus bodas. Todas las cosas en el principio de sus casamientos están avisando a la mujer: que no piense que ha de estar libre, y no participar de los pensamientos de virtud y valor y sucesos de la guerra, sino que entra por compañera de los trabajos y peligros del marido, y que ha de padecer y atreverse a lo mismo que él en paz o en guerra. Esto significan los dos bueyes en un yugo, y el caballo enjaezado, y las armas que la dan: Que de esta manera se ha de vivir y morir, y que recibe lo que ha volver bueno y entero, como se lo dieron, a sus hijos; y que es digno de que lo reciban sus nueras, para que otra vez lo den a sus nietos.

19. Su propia castidad las guarda, sin que las pervierta la vista y ocasiones de los espectáculos y fiestas (1), ni los incentivos de los banquetes. Y no ayuda poco que ni ella ni los hombres saben leer ni escribir, ni usar del secreto de esto para co-

(1) Lo que éstos ceban y mueven el apetito.

municarse. Hay pocos adulterios, aunque es la gente tanta. El castigo se da luego, y está cometido al marido. Este, después de haberla cortado los cabellos en presencia de los parientes, la echa desnuda de casa, y la va azotando por todo el lugar. Tampoco se perdona a las que proceden mal; la que se hallare en este caso no encontraría marido, aunque fuera hermosa, joven y rica, porque ninguno allí se rie de los vicios, ni se llama siglo el corromper y ser corrompido. Y aun hacen mejor las ciudades donde solamente se casan las doncellas, y una vez sola se cuple y pasa con el deseo y esperanza de ser casada; de manera que, como no tienen más de un cuerpo y una vida, así no han de tener más de un marido, para que no tengan más pensamiento —de casarse—, ni más deseo—de ello—, y que no le amen como a marido (1), sino como a matrimonio. Tiénese por gran pecado entre ellos dejar de engendrar, y contentarse con cierto número de hijos, o matar alguno de ellos (2). Y pueden allí más las buenas costumbres que en otra parte las buenas leyes.

20. Andan los niños de todas las clases sociales sucios y casi desnudos, y vienen a tener aquellos miembros y cuerpos tan grandes de que nos admiramos. Cada madre cria a sus hijos, les da leche, y no los entregan a esclavas ni amas. Con el mismo rega-

(1) Quiere decir que le aman, no como a marido, porque otro podría suplir sus faltas, sino como a matrimonio, porque todo se ha de acabar a un tiempo.

(2) Alguno de los recién nacidos.

lo se crían los hijos de los esclavos que los del señor, sin que en esto se diferencien los unos de los otros. Viven y andan todos juntos entre el ganado y en la misma tierra hasta que la edad divide los libres de los que no lo son, y la virtud los da a conocer. Llegan tarde a mujeres, y por eso conservan más largo tiempo la flor de la juventud. Tampoco se dan prisa en casar a las hijas (1). Gozan de la misma juventud, y tienen grandeza de cuerpo semejante a la de los jóvenes; jùntanse de una edad, y ambos fuertes, y así los hijos sacan las fuerzas de los padres. A los hijos de la hermana se hace la misma honra en casa del tío que en la de sus padres. Algunos piensan que este parentesco es el más estrecho e inviolable, y cuando han de recibir rehenes, los piden más que a otros, porque les parece que éstos les serán más firmes prendas como más queridos, así en la familia del padre, como en la del tío. Todavía los hijos son herederos y sucesores de los padres, y no hay entre ellos testamento. A falta de hijos, suceden, primeramente, los hermanos; luego, el tío, de parte de padre, y después el de parte de madre. Los viejos, en tanto, tienen más gracia y favor, en cuanto tienen más deudos y mayor número de parientes por afinidad. El no tener hijos no causa respeto ni estimación (2).

(1) El matrimonio no estaba permitido sino a partir de los quince años; en Roma, por el contrario, la mujer podía casarse a los doce y aun a los once.

(2) Al contrario de lo que ocurría en Roma.

21. Es fuerza tener las mismas enemistades y amistades del padre o pariente; pero no duran sin poderse aplacar; porque todos los agravios, y aun el homicidio, se recompensan con cierto número de ganado, y toda la familia recibe satisfacción; lo cual es muy útil para el bien público, porque las enemistades entre hombres que viven en libertad son más peligrosas.

No hay nación más amiga de convites ni que con mayor gusto reciba los huéspedes. Tiénese por cosa inhumana negar su casa a cualquiera persona. Recíbelos cada uno con los manjares que mejor puede aparejar, según su estado y hacienda. Y cuando no tiene más qué darles, el mismo que acaba de ser huésped los lleva y acompaña a casa del vecino, donde, aunque no vengan convidados—que esto no hace al caso—, los acogen con la misma humanidad, sin que se haga diferencia, cuanto al hospedaje, entre el conocido y el que no lo es. Es costumbre entre ellos conceder cualquiera cosa que pida el que se parte, y la misma facilidad tienen en pedirle lo que les parece. Huelgan de hacerse dádivas y presentes los unos a los otros; pero ni echan en cara lo que dan, ni se obligan con lo que reciben.

22. Luego, en levantándose de la cama, en que se están casi siempre hasta el día, se lavan, y las más veces con agua caliente, por ser en aquella tierra lo más del tiempo invierno. Después de lavados, se sientan a comer cada uno en su asiento y mesa aparte; y, habiendo comido, se van armados a sus negocios, y de esta manera también muchas veces

a los banquetes. No tienen por afrenta gastar el día y la noche bebiendo. Son muy ordinarias las riñas y pendencias, como entre borrachos que pocas veces suelen acabar con palabras, y las más con heridas y muertes. Y también tratan en los banquetes de reconciliarse los enemigos, de haber casamientos, elegir principes, y, en fin, muchas veces de las cosas de la paz y de la guerra; como si en ningún otro tiempo estuviera el ánimo más capaz de buenos y sencillos pensamientos, ni más pronto y entendido para grandes empresas. Y esta gente, que de suyo no es astuta ni sagaz, pone de manifiesto aun hoy los secretos de su pecho con la licencia de las diversiones. De este modo queda al descubierto y como al desnudo la intención de cada cual. Al día siguiente vuelven a tratar las mismas cuestiones, porque se tiene consideración y respeto con ambos tiempos. Proponen y votan cuando no saben fingir, y resuelven y determinan cuando no pueden errar.

23. Hacen una bebida de cebada y trigo, alterada por la fermentación a manera del vino. Los que habitan cerca de la ribera—del Rhin—, compran éste. Sus comidas son simples: manzanas salvajes, venado fresco y leche cuajada. Sin más aparato, curiosidad ni regalos, matan la hambre; pero no usan de la misma templanza contra la sed. Y si se les diese a beber cuanto quisieran, no sería menos fácil vencerlos con la embriaguez que con las armas.

24. Sus fiestas y juegos son siempre unos mismos en cualquiera junta. Algunos mancebos desnudos que tratan de este juego, se arrojan, saltando, entre

las espadas y frameas. El ejercicio les ha dado el arte; y el arte, la gracia; pero no lo hacen por ganancia o salario, aunque es precio y paga de aquella su temeraria lozania el gusto y aplauso de los que lo miran. Es mucho de maravillarse que jueguen a los dados cuando no están bebidos, considerándolos como una ocupación seria; y lo hacen con tanta codicia y temeridad en ganar y perder, que cuando les falta qué jugar, la última parada y apuesta es la libertad y el cuerpo. El vencido se hace esclavo de su propia voluntad; y aunque sea más mozo y más robusto, se deja atar y vender; que tanta obstinación tienen en cosa tan mala, que ellos llaman cumplimiento de la palabra empeñada. Truecan de buena gana los esclavos de esta calidad, por librarse también de la vergüenza que causa tal victoria.

5. No se sirven de los demás (1) esclavos como nosotros, empleando a cada uno en su oficio de la casa; dejan a cada uno de ellos vivir aparte y que trabajen para sí. El señor les carga cierta pensión de grano, ganado o vestidos, como haría con un colono, y el esclavo no tiene que obedecerle en más. Los otros oficios de la casa hacen la mujer y los hijos. Pocas veces azotan a los esclavos, ni los ponen en cadena, ni los condenan a trabajar. Suelen matarlos, no por castigo ni severidad, sino cuando los ciega el enojo y la cólera, como pudieran hacerlo con un enemigo; pero sin recibir pena por ello. Los

(1) Es decir. de los que tienen origen distinto.

libertos son poco más estimados que los esclavos; pocas veces tienen mando en casa de los amos, y nunca en las ciudades, salvo en aquellas naciones en que mandan reyes. Que allí pueden más que los libres y más que los nobles. En todas las demás, la desigualdad de los libertos sirve para conocer los que son libres.

26. Aquí no se sabe qué cosa es dar y tomar a interés, ni acrecentar el caudal con usuras; y por esto se usa menos que si fuera prohibido. Cada lugar toma tanta tierra para labrar cuanto tiene hombres que la labren, y la reparten después entre sí, conforme a la calidad de cada uno; es fácil la partición por los muchos campos que hay. Mudan cada año de heredades, y siempre les sobra campo; porque no procuran acrecentar la fertilidad y cantidad de la tierra con el trabajo e industria, plantando árboles, cercando prados y regando huertas (1). Sólo se contentan con que la tierra les dé grano; y así no dividen el año en tantas partes como nosotros. Conocen el invierno, primavera y estío, y saben sus nombres; el del otoño no le saben, ni sus bienes.

27. Ninguna pompa tienen en sus entierros. Sólo que para quemar los cuerpos de los hombres ilustres usan de cierta leña. No echan sobre la hoguera vestidos ni cosas olorosas. Sólo queman con los muertos sus armas; y con algunos, sus caballos. Hacen

(1) Quiere decir Tácito que los germanos no luchan con la tierra para hacerla producir más de lo que consiente su fertilidad natural.

los sepulcros de céspedes, y menosprecian los monumentos grandes y de mucha obra como enfadosos y pesados a los difuntos. Dejan presto las lágrimas y llanto, y tarde el dolor y tristeza. Tienen por cosa honesta para las mujeres, el llorar; y para los hombres, el acordarse.

Esto es lo que, en general, he sabido del origen y costumbres de los germanos. Ahora diré de los institutos y usos de cada gente de ellos, en qué se diferencian los unos de los otros, y asimismo las naciones que de Germania pasaron a las provincias de Francia.

28. El divo Julio (1), príncipe de los autores, escribe que antiguamente la potencia de los galos fué mayor, y por esto es cosa creíble que también ellos pasaron a Germania; porque, ¿cuánto era lo que podía estorbar ni impedir el río para que cada nación, como fuese haciéndose poderosa, no dejase sus tierras y ocupase las ajenas, que aun eran comunes, y no apartadas ni defendidas por la potencia de los reinos? Y así, los helvecios ocuparon la tierra que hay entre la selva Hercinia y el río Meno y el Rhin, y los boyos pasaron más adelante (2); y ambas naciones son gálicas. Y aun ahora dura el nombre de Boiemo, que es memoria de aquella nación, aunque los que le habitan son ya otros. Es cosa incierta si los araviscos, dividiéndose de los osos, que es nación de Germania, pasaron a Panonia; o si los osos, de-

(1) Cayo Julio César, autor de los Comentarios.

(2) Probablemente hasta una parte de Baviera y Bohemia

jando a los araviscos, vinieron a Germania; porque ambas gentes tienen aun ahora el mismo lenguaje y las mismas ordenanzas y costumbres; y porque viviendo antiguamente con una gran pobreza y libertad, eran unos mismos los bienes y los males de una y otra ribera. Los treveros y los nervios desean y procuran con grande ambición que su origen sea de Alemania, como si por esta gloria de la casta dejaran de parecerse a los galos en el talle y en la flojedad. Los vangiones, trebocos y nemetes, que habitan la ribera del Rhin, sin duda son germanos. Ni los ubios tampoco, aunque merecieron ser colonia de los romanos, y se llamen de mejor gana agripinenses, del nombre de su fundadora (1), se avergüenzan de su origen. Que habiendo éstos pasado antiguamente el Rhin, por las muchas pruebas que hubo de su fidelidad, los pusieron sobre la misma ribera, no para ser guardados, sino para que rechazasen al enemigo.

29. Los batavos son los más valerosos de estas naciones. No tienen mucha tierra en la ribera del Rhin, pero ocupan una isla de él. Antiguamente fué pueblo de los catos, y, por las disensiones que hubo entre ellos, pasó a estas tierras, para hacerse en ellas parte del imperio romano. Quédales la honra y el testimonio de la compañía antigua (2), porque no los tratan con menosprecio con la carga de los tributos, ni los cogedores los molestan y maltratan.

(1) Agripina.

(2) Es decir, de la alianza romana.

Viven libres de cargas y de imposiciones, y solamente, apartados de los demás para el uso de las batallas, se guardan y reservan como armas para las guerras (1). Este mismo reconocimiento hacen los matiacos. Que la grandeza del pueblo romano llegó a extender la reverencia y respeto del imperio más allá del Rhin y de los términos antiguos. Y así, aunque viven de la otra parte en su ribera y términos, con todo eso se nos inclina su ánimo y voluntad. Y en todo son semejantes a los batavos, salvo que, como gente que goza del suelo y cielo de su tierra, son más animosos y feroces.

No contaré entre los pueblos de Germania los que cultivan los campos decimales (2), aunque tengan su asiento de la otra parte del Rhin y del Danubio. La gente más liviana—y perdida—de los galos, y a quien daba osadía su pobreza, ocupó estas tierras de dudosa posesión; y como después se alargaron los términos—del imperio—, y los presidios se pasaron más adelante, se hallan ahora en medio de él, y son tenidos por parte de la provincia.

30. Más adelante de éstos habitan los catos, comenzando su asiento desde la selva Hercinia, no en lugares tan llanos ni pantanosos como las otras naciones en que se extiende Germania, sino que hay collados que duran por mucho espacio, y que tam-

(1) Entiéndese de todo género, ofensivas y defensivas; porque el latino dice: *tela et arma*.

(2) Que pagaban diezmo de sus frutos reservados para la gente de guerra, y de que no podían gozar los enemigos.

bién van siendo menos poco a poco; todos ellos están dentro de la selva Hercinia, fuera de la cual no poseen nada. Son los de esta nación de cuerpos más robustos, de miembros rehechos, de aspecto feroz y de mayor vigor de ánimo. Tienen mucha industria y astucia para entre germanos; porque dan los cargos a los mejores, obedecen a sus capitanes, guardan sus puestos, conocen las ocasiones, difieren el impetu, reparten el día, fortificanse de noche, cuentan la fortuna entre las cosas dudosas, y la virtud entre las seguras y ciertas; y, lo que es más raro y sólo concedido a la disciplina romana, hacen más fundamento en el capitán que en el ejército. Toda su fuerza consiste en la infantería, la cual, además de las armas, lleva también su comida y los instrumentos de hierro para las obras militares. Los otros germanos parece que van a dar batalla; los catos, a hacer guerra. Hacen pocas correrías y escaramuzas y peleas cásuales. Esto es propio de la caballería: hacer presto su efecto y retirarse presto. La prisa anda cerca del temor; y la dilación, de la constancia.

31. Lo que entre las otras naciones de Germania se hace pocas veces, y eso por la osadía de algunos, entre los catos está ya introducido por común consentimiento de todos, que los mancebos dejen crecer el cabello y la barba, y que no se quiten aquella figura de la cara y la cabeza como voto y obligación que hacen al Valor (1), si no es habiendo muerto al-

(1) El Valor personificado y divinizado.

gún enemigo. Sobre la sangre y despojos del enemigo descubren la frente, y dicen que entonces han satisfecho a la obligación de haber nacido, y que son dignos de su patria y de sus padres. Los flojos, flacos y cobardes, y que son inútiles para la guerra, quedan siempre con aquella suciedad (1). Los más valientes traen también un anillo de hierro—que es cosa afrentosa para aquella gente—como por prisión, hasta desatarse de ella con haber muerto algún enemigo. Son muchos los catos que gustan de este traje, y con esta insignia llegan a encanecer, y son mirados y respetados de los enemigos y de los suyos. Estos son siempre los que comienzan las batallas. De éstos se forma siempre el primer escuadrón nuevo en la vista, porque ni aun en tiempo de paz se les quita ni disminuye aquel aspecto horrible y espantoso. Ninguno de ellos tiene casa o heredad, ni cuidan de ello; dondequiera que llegan, los reciben y sustentan, pródigos de los bienes ajenos y despreciadores de los propios, hasta que con la vejez pierden la sangre, y con ella se reducen a estado de no poder llevar tan áspera y rigurosa virtud.

32. Tras los catos están los usipios, y los tencteros a la ribera del Rhin, donde ya lleva tanto caudal, que puede servir de término. Los tencteros, demás de la reputación que han alcanzado en la guerra, tienen grande ventaja en la caballería, la cual no es menos estimada que la infantería de los catos. Sus an-

(1) Los romanos que llevaban el cabello corto y la barba afeitada, consideraban como suciedad esta costumbre bárbara.

tepasados los instituyeron, y los descendientes los imitan. Estos son los juegos de los niños, las competencias de los mancebos, en que perseveran aun después de viejos. Danse los caballos por parte de la herencia; pero no como las demás cosas al hijo mayor, sino al que se muestra feroz y mejor para la guerra.

33. Tras los tencteros se seguían antiguamente los bructeros, cuyas tierras se dice que ocupan ahora los camavos y angrivarios, habiendo echado de ellas, y destruido totalmente, a los bructeros con consentimiento de las naciones comarcanas, o por el odio que les tenían por su soberbia, o por codicia de la presa, o por favor particular que nos han querido hacer los dioses. Porque aun no nos negaron el espectáculo de la batalla, en que murieron sesenta mil de ellos sin que interviniesen las armas de los romanos, sino para gusto y recreación de nuestros ojos, que es cosa más magnífica y gloriosa. Plegue a los dioses, si estas gentes no nos han de amar, que haya entre ellos siempre grandes aborrecimientos, pues que, declinando los hados del Imperio, ninguna cosa mayor nos puede dar la fortuna que discordias entre los enemigos.

34. Los dulgubnios y casuarios, con otras naciones no tan nombradas, cierran por las espaldas a los angrivarios y camayos, y por la frente los reciben los frisones, que se llaman mayores y menores, según son más o menos poderosos. Estas dos naciones se van extendiendo junto al Rhin hasta el Océano, y rodean también grandísimos lagos por donde han

navegado armadas romanas. También por aquella parte tentamos con la navegación el mismo Océano, y la fama publicó que aun subsistían las columnas de Hércules, sea que el héroe llegara a aquellas partes, o que todas las cosas grandes, de común acuerdo, las atribuimos a su gloria. No faltó osadía a Brusio Germánico para averiguarlo; pero el Océano se opuso a que se inquiriesen sus cosas y las de Hércules. De entonces acá ninguno lo intentó, pareciendo más religioso y conforme a la reverencia que debemos a los dioses creer sus obras, que querer saberlas.

35. Hasta aquí tuvimos conocimiento de Alemania por el Occidente. Hacia el Septentrion hace una grande vuelta. Desde los frisios comienzan luego los chaucos, que ocupan mucha costa del mar, y se van extendiendo al lado de todas las naciones que he nombrado, hasta que revuelven hacia los catos. Y no sólo son señores los chaucos de tan grande espacio de tierras, sino que las llenan. Este es un pueblo el más noble de toda Alemania, y que prefiere conservar su grandeza más con justicia, que con fuerza; viven quietos y retirados, sin codicia y sin mal apetito; no buscan guerras, ni hacen robos ni latrocinios. Y el mayor argumento de su virtud y fuerza es que, para ser superiores a todos, no hacen agravio a ninguno. Verdad es que tienen siempre todos prontas las armas, y que en caso necesario pueden armar ejército, porque poseen gran cantidad de hombres y de caballos. Y cuando están sosegados, tienen la misma fama que en la guerra.

36. Al lado de los chaucos y de los catos habitan los cheruscos, los cuales, no acometiéndolos nadie, gozaron largo tiempo de una demasiada paz que los fué marchitando. Y esto les fué más gustoso que seguro. Porque el estar sosegados entre vecinos poderosos e insolentes, es sosiego falso; donde se procede por armas, la bondad y modestia son los nombres del vencedor. Y así los cheruscos, que antiguamente eran llamados buenos y justos, son tenidos ahora por necios, flojos y cobardes; en cambio, la fortuna de los catos, que los sujetaron, pasó por sabiduría. La ruina de los cheruscos llevó tras sí a los fosos, sus vecinos, y vinieron a ser igualmente compañeros suyos en las adversidades, habiendo sido menores en las prosperidades.

37. Los cimbro están en aquel mismo seno de Alemania cercanos al Océano, y es ahora ciudad pequeña, pero de grande nombre. Y vense grandes rastros de su antigua fama; en ambas riberas hay ruinas de alojamientos y espacios de ellos, por cuyo circuito se podría medir, aun hoy, la grandeza y multitud de su gente, y creer en lo verosímil de tan gran emigración. Corría el año 640 de la fundación de nuestra ciudad, cuando se oyó hablar la primera vez de las armas de los cimbro, siendo cónsules Cecilio Metelo y Papirio Carbon. Y si desde entonces contamos hasta el segundo consulado de Trajano, hallaremos casi doscientos diez años, y tantos ha que vamos conquistando a Germania. En medio de tan largo siglo, ha habido grandes daños de una parte y de otra. Ni los samnites, ni los cartagineses,

ni las provincias de España, ni las de Galia, ni aun los partos, no nos dieron más avisos de su poder, porque más dura cosa es vencer la libertad de los germanos, que el reino de Arsaces. Pues, ¿con qué otra cosa nos puede dar en rostro el Oriente abatido por Ventidio, sino con la muerte de Craso, habiendo también él perdido a Pacoro a manos del mismo Ventidio? En cambio, los germanos, habiendo preso o desbaratado a Carbon, y Casio y Scauro Aurelio, y Servilio Cepion, quitaron juntamente cinco ejércitos consulares al pueblo romano, y arrebataron también a Augusto a Varo y tres legiones. Y no los maltrataron, y vencieron sin recibir daño Cayo Mario en Italia, el divo Julio en Francia, y Druso, Nerón y Germánico en sus propias tierras; después de esto, se convirtieron en burla y escarnio las grandes amenazas de Cayo César (1). Desde entonces hubo ociosidad, y no se movieron hasta que con la ocasión de nuestra discordia y de las guerras civiles, habiendo ganado los alojamientos donde invernan las legiones, desearon y procuraron también sujetar las provincias de Francia, de donde después fueron echados. Y poco tiempo ha se triunfó de ellos sin haberlos vencido.

38. Ahora hemos de decir de los suevos, los cuales no son una gente sola, como los catos o los tenceros, sino muchas y diferentes naciones, y con propios nombres cada una, aunque en común se llaman

(1) Calígula. Alude Tácito a la desastrosa y ridícula expedición que ordenó contra los germanos.

suevos; ocupan la mayor parte de Germania. La insignia de esta gente es echarse atrás el cabello y atarle con un nudo. Con esto se diferencian los suevos de los demás germanos; y los libres de ellos, de los esclavos. Entre las otras naciones se usa poco esto, a no ser algunas que, o han emparentado con los suevos, o quieren imitarlos como se suele; pero ninguno lo hace pasados los años de la mocedad. Los suevos, aun después de canos, retuercen el cabello que causa horror, y muchas veces le atan solamente en lo alto de la cabeza. Los principes le traen con más curiosidad, y este cuidado tienen de la compostura de su rostro; pero sin mala intención ni culpa, porque no se adornan de esta manera para amar o ser amados, sino que, habiendo de ir a las batallas, piensa que con traer el cabello en esta forma, han de causar terror al enemigo cuando pusiere los ojos en ellos.

39. Los semnones dicen que son ellos los más antiguos y más nobles de los suevos, y confirmase la fe de su antigüedad con una ceremonia religiosa. En cierto tiempo del año se juntan todos los pueblos de aquella nación por sus embajadores en un bosque consagrado de sus antepasados con supersticiones y agüeros, y, matando públicamente un hombre, celebran los horribles principios de su bárbaro rito. Reverencian asimismo este bosque sagrado con otra ceremonia. Que ninguno entra en él sino atado como inferior, y mostrando y confesando en eso la potestad de Dios. Y si acaso cae, no le es licito levantarse, y se ha de ir revolcando por el suelo.

Y toda esta superstición se endereza a mostrar que allí ha tenido origen su gente; que Dios, señor de todos, habita allí, y que todas las demás cosas están sujetas y obedientes. Añade autoridad a esto la multitud de los semnones, porque habitan cien ciudades, y por su grandeza se tienen por cabeza de los suevos.

40. Por el contrario, ennoblece a los longobardos su poco número; rodeados de muchas y muy belicasas naciones, se conservan y están seguros, no con sumisión y obediencia, sino con batallas y peligros. Los reudignos, aviones, anglos, varinos, eudoses, suardones y nuitones, están cercados y amparados de ríos y de bosques. Ninguno de ellos tiene otra cosa notable que el adorar en común a Nerto, que significa la Madre tierra, la cual piensan que interviene en las cosas y negocios de los hombres, y que entra y anda en los pueblos. En una isla del Océano hay un bosque llamado Casto, y dentro de él un carro consagrado cubierto con una vestidura; no es permitido tocarle sino a un sacerdote. Este conoce cuándo la diosa está en aquel recinto secreto, y con mucha reverencia va siguiendo el carro, del que tiran vacas. Son días alegres y regocijados, y lugares de fiesta, todos aquellos donde tiene por bien llegar y hospedarse. Y no tratar de cosas de guerra, ni toman las armas; todo género de ellas está encerrado; solamente se conoce y ama la paz y quietud, hasta que el mismo sacerdote vuelve la diosa a su templo, harta y cansada de la conversación de los hombres. Luego se lava en un lago secreto el carro

y la vestidura, y la misma diosa, si así lo quisieres creer. A los esclavos que sirven en esto, se los traga el mismo lago. De aquí les viene a todos un oculto terror, y una santa ignorancia de lo que pueda ser aquello que ven solamente los que han de perecer.

41. Y esta es la parte de los suevos, que se extiende más adentro de Alemania. La más cercana ciudad—para seguir ahora el Danubio, como antes seguí el Rin—es la de los hermunduros, gente fiel a los romanos; y por eso ellos solos entre los germanos negocian y tratan no solamente en la ribera, sino más adentro, y hasta en la insigne y famosa colonia de la provincia de Retia. Pasan por todas partes sin llevar guarda (1). Y siendo así que a las otras naciones enseñamos solamente nuestras armas y campamentos, a éstos abrimos nuestras casas y heredades, pues no las codician. En el país de los hermunduros nace el Elba, río famoso y conocido en otro tiempo; hoy lo es sólo de nombre.

42. Junto a los hermunduros habitan los nariscos, y luego los marcomanos y los quados. La principal gloria y fuerzas son las de los marcomanos, y ganaron con su valor la misma tierra que poseen, echando de ella a los boyos; pero no degeneran de ellos los nariscos y los quados. Esta es la frontera de Germania por la parte que la ciñe el Danubio. Los marcomanos y quados tuvieron, hasta el tiempo de nuestra memoria, reyes de su misma gente. Fué noble entre ellos el linaje de Maroboduo

(1) Sin estar sometidos a la vigilancia romana.

y Tudro. Ahora sufren ya imperio de extranjeros; pero la fuerza y poder de sus reyes depende de la autoridad romana. Pocas veces los ayudamos con nuestras armas, y muchas más con dinero; pero no por eso son menos poderosos.

43. Los marsignos, cotinos, osos y burios cierran por la espalda los marcomanos y quados. De los cuales, los marsignos y burios revelan su origen suevo en el traje y lengua. Los cotinos, por la lengua gálica que hablan, y los osos, por la panónica muestran no ser germanos, y también porque sufren tributos; parte de ellos se los imponen los sármatas, y parte los quados, como a extranjeros. Los cotinos, aun por avergonzarlos más, trabajan en las minas de hierro. Tienen todos estos pueblos poca tierra llana, pero hicieron asiento en bosques y en las cumbres de los montes; porque éstos se continúan hasta el fin de la Suevia, y la dividen por medio. De la otra parte de estas montañas viven otras muchas gentes, entre las cuales la de los ligios es la de mayor nombre y la que se extiende por más ciudades. De que bastará referir las más poderosas, que son los arios, helveconas, manimos, elisios, naharvalos. En la tierra de los naharvalos hay un bosque del antiguo culto a cargo de un sacerdote que anda con vestido femenino. Los dioses de él, según la interpretación romana, dicen ser Castor y Polux, y el nombre de aquella deidad es Alcís. No tienen ningunas imágenes suyas, ni hay rastros algunos de superstición extranjera; pero son adorados como hermanos y como mozos. Y los harios, además de aventajarse

en fuerzas a los pueblos que hemos nombrado poco ha, siendo feroces, ayudan su fiereza natural con el arte y con el tiempo. Traen los escudos negros y los cuerpos teñidos, y escogen las noches más oscuras para las batallas; y con el mismo terror y figura de este ejército funeral, causan espanto, no pudiendo ninguno de los enemigos sufrir aquella vista nueva y como infernal. Porque los ojos son los primeros que se vencen en las batallas.

Tras los lugios siguen los gotones, a quien mandan reyes, y aunque están algo más sujetos que las demás naciones de Germania, no les han quitado aún del todo la libertad. En la costa del Océano habitan los rugios y lemovios; todas estas gentes se distinguen por sus escudos redondos, sus espadas cortas y su obediencia a los reyes.

44. Y luego en el mismo Océano tienen sus ciudades los suyones, gente poderosa en soldados y armadas. Sus navíos se diferencian de los nuestros en que tienen proa por ambas partes, para poder por cualquiera llegar a abordar y a tierra. No usan de velas, ni llevan los remos atados por los costados, sino sueltos y libres, como en algunos ríos, para poderlos mudar al lado que fuere menester. También entre ellos tienen honra y estimación las riquezas; y por esto los manda uno solo, no por permisión suya y por el tiempo que les parece, sino con absoluto poder, sin excepción alguna. Y no se les permite, como a los demás germanos, el uso de las armas indiferentemente, sino que están cerradas y con guarda, y éste, esclavo. Porque el Océano prohíbe

las entradas y acometimientos repentinos de enemigos; y verdaderamente los hombres con armas en las manos estando ocioso, fácilmente se dan al vicio y causan desórdenes. Y no es provechoso para los reyes entregar la guarda de las armas al noble ni al libre, ni aun al liberto.

45. Más allá de los suyones hay otro mar perezoso y casi inmóvil; se cree que es el que cerca y ciñe la redondez de la tierra, porque después de puesto el sol se ve siempre aquel resplandor que deja hasta que vuelve a nacer, de manera que oscurece las estrellas. Y también hay opinión que se oye el ruido que el sol hace al emerger del Océano, y que se ven las figuras de los caballos y los rayos de la cabeza; y es la fama que hay y verdadera, que hasta allí y no más llega la naturaleza. En la costa del mar suévico, a mano derecha, habitan los estios, los cuales tienen los ritos y hábitos de los suevos, y en la lengua se parecen más a la de los britanos. Adoran a la madre de los dioses. Y por insignia de su superstición traen unas figuras de jabalies. Y esto a los que reverencian la diosa sirve de armas y de seguridad y defensa, aun entre los enemigos. Usan poco de hierro y mucho de bastones. Trabajan más y con más cuidado y sufrimiento en cultivar la tierra y sembrar granos y otros frutos, que lo que acostumbra la pereza de los demás germanos. Navegan también por el mar, escudriñando sus secretos. Y ellos solos cogen en los bajíos y en la misma costa, el ambar amarillo, que llaman gleso. Pero como son bárbaros, nunca han procurado saber ni

hallado lo que es ni como se engendra. Y aun mucho tiempo lo solian dejar entre las otras inmundicias que la mar echa, hasta que nuestro apetito y superfluidad le puso nombre y estimación. Ellos no lo usan; cógenle tosco, y nos lo traen sin darle otra figura ni forma, y maravillanse del precio que reciben por él. Pero bien se puede entender que es licor de algún árbol; porque muchas veces se echan de ver en medio de él algunos animalejos y avecillas que, habiéndosele pegado, se quedan después allí encerrados, cuando se endurece la materia. Yo creeria que, como en algunas partes secretas del Oriente se producen el incienso y el bálsamo, así también haya árboles más fértiles en las selvas y bosques de las islas y tierra firme del Occidente, cuyos licores, secados por los rayos del sol que tienen cerca, vienen a caer en la mar junto a ellos, de donde las tempestades los echan en las otras costas que están enfrente. Si se prueba la naturaleza del ambar pegándole fuego, hallaremos que se enciende como tea, y hace una llama grasa y olorosa, y después se ablanda y derrite, quedando como pez o resina.

Confinan con los suyones la nación de los sitones, los cuales se les parecen en todo lo demás, y sólo se diferencian en que los señorea una mujer, que tanto como esto degeneran, no solamente de la libertad, sino de la servidumbre misma.

46. Aquí es el fin de la Suevia. Estoy en duda si pondré las naciones de los peucinos, venedos y fennos entre los sármatas o entre los germanos,

aunque los peucinos, a que algunos llaman bastarnas, viven como los germanos en la lengua y hábito, y asiento y casas. La suciedad y entorpecimiento es común a todos. Y habiendo los principales de ellos emparentado con los sármatas (1), se han corrompido algo, haciéndose a su manera de vida. Los venedos han tomado mucho de sus costumbres, porque, como salteadores, corren todos los montes y sierras que hay entre los peucinos y los fennos. Pero con todo eso se cuentan éstos más por alemanes, porque tienen moradas fijas, usan escudos, se huelgan de caminar a pie y son ágiles; todo lo cual es diferente en los sármatas, que viven en carros y andan a caballo. Los fennos tienen una horrible fiereza y una pobreza cruel. No tienen armas, ni caballos, ni casas; sustentanse con hierba, vistense de pieles, y la tierra les sirve de cama. Consiste toda su esperanza en las flechas, las cuales, a falta de hierro, arman con huesos. Los hombres y mujeres se sustentan de la caza; ellas de ordinario los acompañan y les piden parte de ella. Los niños no tienen otro refugio ni acogida contra el agua y las fieras, sino algunas cabañas que tejen con ramas y con las cuales se cubren; a ellas se vuelven los mozos y a ellas se recogen los viejos. Y les parece esto mayor felicidad que cansarse y gemir labrando los campos y fabricando casas, y traer entre la esperanza y el miedo los bienes propios y ajenos. Y viviendo segu-

(1) Y habiéndose mezclado por los casamientos con los sármatas, se han, etc.

ros para con los hombres, y seguros para con los dioses, han alcanzado una cosa dificultosísima: el no tener siquiera necesidad del deseo. Lo demás que se cuenta de la tierra y la gente que habita más allá de las que he dicho, todo es fabuloso; como decir que los helusios y oxionas tienen las cabezas de hombres y los cuerpos y miembros de fieras. Y así dejaré de tratar de esto, como cosa que no está averiguada.

DIÁLOGO DE LOS ORADORES

1. Mucho tiempo ha que deseas saber de mi, Justo Fabio, por qué causa, habiendo florecido en los pasados tiempos en ingenio y fama tantos excelentes oradores, ahora el nuestro, falto de ellos y sin aplauso, apenas conserva el uso del nombre mismo de orador, pues así llamamos únicamente a los antiguos; pero a los elocuentes de estos días, causidicos, abogados, patronos y cualquiera otra cosa menos oradores. A esta tu pregunta no me atreviera yo en verdad a responder y tomar sobre mis hombros el peso de tan grande cuestión en tales términos, que haya de juzgarse mal de nuestros ingenios si a esto no llegan mis alcances, o de mi modo de pensar, si no quiero decir mi parecer, en el caso de que hubiera yo de preferir el mio y no de reproducir cierta conversación de hombres muy discretos, según las circunstancias de ahora, que yo, siendo muy joven, les oí, y en la que estaban tratando esta misma cuestión. Así que el trabajo no está en el ingenio, sino en la memoria, con que poder acordarme de todas aquellas cosas que de boca de estos cla-

ros varones escuché, discurridas con sutileza y dichas con gravedad; y declarar con la misma elegancia, con las mismas razones y el mismo orden, las diversas causas que cada uno exponía bastante razonables, manifestando su interior modo de pensar y discurrir; pues no faltó quien, tomando el partido contrario, después de haber censurado y despreciado mucho a los antiguos, antepusiera la elocuencia de nuestros tiempos a la de aquéllos.

2. Porque al día siguiente en que Curiacio Materno (1) había recitado su tragedia de Catón, teniéndose noticia de que había ofendido los ánimos de los poderosos, como que, olvidándose él de sí, sólo había pensado como Catón en el argumento de aquella tragedia, y esparciéndose sobre esto un grande murmurio en la ciudad, vinieron a su casa Marco Aper (2) y Julio Secundo (3), ingenios entonces los más excelentes de nuestro foro, a los cuales no sólo oía yo con grande afición en los Tribunales, sino que frecuentaba su casa y los acompañaba en público con un vehemente deseo de aprender y cierta viveza juvenil, de suerte, que escuchaba con ansia sus diálogos y discusiones, y aun hasta los secretos de sus reservadas pláticas, y si bien muchos opinaban poco favorablemente, diciendo que Secun-

(1) Conocido tan sólo por este pasaje del Diálogo. Tácito cita otras tragedias debidas a su pluma.

(2) Famoso orador, galo de origen y maestro de Tácito.

(3) También orador de gran renombre. Quintiliano habla de él con grandes elogios.

do no era expedito en el decir, y que Aper había conseguido la fama de elocuente más por genio y natural, que por instrucción y literatura, no tenían razón; porque ni carecía Secundo de un lenguaje puro, limado y bastante fluido, ni Aper dejaba de estar instruido en las comunes Artes; pero más era en él el desprecio que hacia de las letras, que la falta de instrucción en ellas; aparentando conseguir mayor gloria de su aplicación y trabajo, si daba a entender que su talento no había habido menester de que otras Artes le prestasen sus auxilios.

3. Luego, pues, que entramos en el aposento de Materno, le hallamos sentado con aquel libro en las manos que el día antes había recitado. Entonces Secundo le dijo:

— ¿Nada, Materno, te asustan las hablillas de los malévolos, ni te impiden que te embeleses con las picantes expresiones de tu Catón? ¿Por ventura has vuelto a tomar en las manos este libro para reconocerle con más cuidado, y después de corregidas algunas cosas que hayan dado ocasión de una interpretación maligna, publiques a Catón, si no mejor, al menos más confiado?

Entonces Materno:

— En él leerás — dijo — lo que un Materno se debe a sí mismo, y podrás juzgar de lo que has oído; y si algo dejó de decir Catón, lo dirá en la siguiente recitación Thyestes, pues ya he ordenado esta tragedia, y dentro de mi mismo la tengo ya formada, y por eso me doy prisa a dar esotra cuanto antes al

público, para que, dejado a un lado este cuidado, pueda dedicarme enteramente a este nuevo trabajo.

— ¿No te fastidian tanto — dijo Aper — esas tragedias que, olvidando la afición a las oraciones y causas, consumas todo el tiempo, antes en la Medea, y ahora en Thyestes, puesto que están llamándote al foro las causas de tantos amigos, el patrocinio de tantas colonias y Municipios, a quienes apenas podrías dar abasto, aunque no te cargaras de nueva ocupación con tus tragedias de Domicio y Catón; quiero decir, que agregaras a las tragedias griegas las historias y personajes romanos?

4. Entonces Materno:

— Me cogería dé susto tu severidad, si no se hubiera hecho ya casi costumbre entre nosotros esta repetida y continuada contienda; porque ni tú dejas de acusar e ir contra los poetas, ni yo, a quien echas en cara la desidia en las defensas, de ejercer este patrocinio de defender contra ti el arte de la poesia. Y ahora me alegro más, por habérsenos presentado un juez que, o me mande no hacer ya más versos o, lo que tiempo ha estoy deseando, me precise también con su autoridad a que, saliendo de las estrecheces de las cosas forenses en que sobradamente he sudado, me dedique a cultivar esta más sagrada y más augusta elocuencia.

5. —Yo, a la verdad — dijo Secundo—, antes que Aper me recuse por juez, haré lo que suelen los buenos y modestos jueces, que es excusarse de conocer en aquellas causas en que se echa de ver, que

una de las partes tiene ganada la inclinación de ellos. Porque, ¿quién ignora que ninguno tiene más estrechez conmigo, ya por la amistad, ya por trato de compañeros, que Saleyo Baso (1), varón no menos bueno que consumado poeta? Y por cierto, si el arte de la poesía se acusa, ninguno otro reo hallo de más consideración.

— Bien descuidado esté — dijo Aper —, tanto Saleyo Baso como otro cualquiera que fomente el estudio de la poética y la gloria de los poemas, si no se dedica a defender causas. Mas yo, puesto que he encontrado un árbitro de esta demanda, no permitiré que sea defendido Materno con acompañamiento de muchos, sino que yo a él mismo ante vosotros le acusaré de que, habiendo nacido para la elocuencia varonil y oratoria, con que poder al mismo tiempo adquirir y defender amistades, ganar relaciones y proteger provincias, abandone un estudio, en comparación del cual no puede imaginarse otro en nuestra ciudad, ni más copioso para la utilidad, ni más fecundo en deleites, ni más decoroso para el honor, ni más lúcido para la fama de la ciudad, ni más ilustre para la celebridad de todo el Imperio y de todas las naciones. Porque, si han de dirigirse a la utilidad de la vida todas nuestras miras y acciones, ¿qué cosa hay más apercibida que ejercitar aquella arte con que siempre armado puedas libremente servir de defensa a los amigos, de auxilio a los extraños, de salud a los que peligran y, al contrario, poner

(1) Poeta épico,

miedo y espanto a los envidiosos y enemigos, y tú mismo estar seguro y como fortalecido con un como perpetuo poder e imperio? Cuya fuerza y utilidad bien se deja ver en la defensa y patrocinio de otros, cuando las cosas suceden prósperamente; pero si llega a sentirse el ruido del peligro propio, no en verdad la lorica y la espada es en la batalla parapeto tan fuerte como la elocuencia en favor de un reo que peligrá, pues es al mismo tiempo arma defensiva y ofensiva con que igualmente puedes defender y acometer, ya en el Tribunal (1), ya en el Senado, ya en presencia del príncipe. ¿Qué otra cosa más que su elocuencia, hallando contrarios a los senadores, opuso poco ha Eprio Marcelo (2), quien, arrestado y sobre sí, dejó burlada la sabiduría de Helvidio, elocuente a la verdad; pero poco experto, y aun tierno en semejantes contiendas? No hablaré más acerca de la utilidad, a cuya parte creo no se opongá en nada mi amigo Materno.

16. Paso a explicar el gusto que trae consigo la elocuente oratoria, cuyo deleite no se goza por un solo instante, sino casi todos los días y casi a cada hora. ¿Qué cosa más dulce para un ánimo noble y bien educado, criado, digámoslo así, para los más puros deleites, que ver llena y concurrida siempre su casa de los hombres más distinguidos, y saber que esto le viene, no por causa de riqueza u orfan-

(1) En el de los *Centunviro*s.

(2) Delator, famoso por su elocuencia, que alcanzó gran predicamento en tiempos de Nerón.

dad (1), ni por la administración civil de algún empleo, sino por sí mismo? Antes bien, concurren los hijos huérfanos y poderosos a ver a un joven y pobre para que tome a su cargo los riesgos de sus amigos o los suyos. ¿Hay, acaso, algún deleite tan grande de las más copiosas riquezas y el más encumbrado poder que mirar a todos, ya ancianos y de mayor edad, ya confiados en la gracia de toda la ciudad, confesando que, en medio de la abundancia de todas las cosas, no tienen en sí un bien, que es el mejor y más principal? Además, ¡qué acompañamientos y despedidas de togados! ¡Qué aspecto en público! ¡Qué acatamiento en los Tribunales! ¡Qué gusto al levantarse a orar, y estar en pie, viéndose rodeado de silencio, y que en él solo fijan todos su vista; apiñarse el pueblo, rodear el circo, y mover al oyente a cualquier afecto de que el orador se revistiere! Mas lo que hasta aquí refiero son los placeres más conocidos y que están a la vista aun de los de pocos alcances; mayores son otros más ocultos y que solamente los conocen los mismos oradores; porque, ora traiga una oración bien limada y pensada, siempre percibe un como contrapeso y balanza constante, así del deleite como del mismo decir; ora traiga nuevo y reciente trabajo, no sin algún sobresalto del ánimo, este mismo afán recomienda el suceso y

(1) Uno de los medios más socorridos para procurarse una herencia, consistía en frecuentar la mansión de algún anciano rico y lograr, a fuerza de adulaciones, un testamento favorable. Tácito alude aquí esta artimaña.

lisonjea el gusto. Pero cuando se arresta a hablar de repente, esta misma temeridad produce mayor placer; porque sucede con las obras de ingenio lo mismo que en el campo, y es que, aunque se siembren otras muchas veces, y se cultiven por mucho tiempo, son más gratas las que da de sí el suelo.

17. Y en verdad, si he de hablar de mi mismo, aquel día en que se me presentó la vestidura de senador, o en que, siendo yo hombre nuevo y nacido en una ciudad (1) de ningún favor, recibí la cuestura, o el tribunado, o la pretura, no fué para mí más alegre que todos los demás, en que, tal cual es la mediana facultad mía de orar, me toca defender con buen suceso a un reo, o tener algún pleito feliz ante los centunviros, o sacar a paz y a salvo ante el príncipe a sus mismos libertos y procuradores. Entonces me parece a mí subir sobre los tribunados, las preturas y consulados, y aun tener lo que, de no nacer con uno, ni se concede por decreto imperial ni viene por el favor. ¿Qué comparación tiene la fama o nombre de cualquier arte con la gloria de los oradores, que no solamente son ilustres en la ciudad entre los que tienen negocios y cuidados, sino también entre los mozos y jóvenes, que, desde luego, tienen buen natural y dan de sí buenas esperanzas? ¿Cuáles nombres ponen antes los padres a sus hijos? ¿A quién primero y más frecuentemente nombra por su nombre el imperito vulgo y la plebe, y los señala con el dedo? También los forasteros y viajeros, después de

(1) De la Galia.

haber oído antes hablar de ellos en los Municipios y colonias, apenas se aparearon en la ciudad preguntan por ellos, los buscan y quieren conocerlos.

18. Me atrevería a apostar que este Marcelo Eprio, de quien hablé poco ha, y que Crispo Vibio —porque con más gusto me valgo de ejemplos nuevos y recientes que de los remotos y olvidados—no son menos conocidos en los extremos términos de la tierra que en Verceli o en Capua, de donde se dicen naturales. Ni a esto contribuye el que el primero tenga doscientos millones de sestercios y que el segundo posea trescientos—aunque a esta tan gran riqueza pueda pensarse que han llegado por la utilidad que les viene de la oratoria—, sino la misma elocuencia, cuya divina esencia y celeste poder produjo, a la verdad, muchos ejemplares de todos los siglos, manifestando a qué grado tan alto de fortuna hayan llegado los hombres con la fuerza de su ingenio. Pero, como he dicho arriba, estos ejemplares son más cercanos a nosotros; y tales, que no necesitamos saberlos de oídas, sino que los tenemos ante los ojos. Porque cuanto más bajo y menos conocido nacimiento han tenido, y cuanto más notable ha sido la pobreza y escasez de bienes que los rodeó al nacer, tanto más ilustres y esclarecidos ejemplares son para demostrar la utilidad de la oratoria; pues sin el brillo del nacimiento, y sin patrimonio, ninguno de ellos educado con cuidado, y el uno de figura poco recomendable, han llegado a ser por espacio de muchos años los más poderosos en la ciudad, y mientras quisieron, los príncipes del foro; y

ahora los primeros en la amistad del César, casi todo lo gobiernan y son mirados por el mismo príncipe con grande acatamiento. Porque Vespasiano, anciano venerable y varón prudentísimo, bien conoce que los restantes amigos suyos están apoyados sobre aquello que de él recibieron y en lo que está en su mano conceder a ellos mismos y prodigar a los demás; y que, en cambio, Marcelo y Crispo trajeron consigo a su amistad lo que no recibieron ni puede recibirse del príncipe. El menor lugar ocupan entre tantas y tan grandes utilidades los blasones, timbres y estatuas; lo cual, sin embargo, no es de despreciar, ni menos las riquezas y el valimiento; todo lo cual más fácilmente hallará quien lo vitupere que quien lo deseche. Vemos, por cierto, llenas de estos honores, ornamentos y facultades las casas de aquellos que se dedicaron desde su mocedad a las causas forenses y al estudio de la oratoria.

19. En cuanto a los poemas y versos, en los cuales desea Materno gastar toda su vida—pues desde aquí tomó principio su discurso—, ni acarrean dignidad alguna a sus autores, ni fomentan sus utilidades; a lo más, consiguen un breve deleite y un aplauso hueco y sin fruto. Y si no, dime, Materno—aunque no sea gustoso a tus oídos esto mismo que digo, y adelante diré—, ¿de qué sirve el que Agamenón o Jasón hablen elocuentemente en tus tragedias? ¿Quién por eso ha vuelto a su casa defendido por ti y agradecido a tu defensa? ¿Quién es el que ahora o saluda o acompaña a Saleyo, excelente poeta entre nosotros, o, si se le quiere dar un título

más honorífico, excelente adivino? Mas si un amigo suyo, si un pariente, si él mismo, en fin, se hallase en algún negocio apurado, acudirá a Secundo, aquí presente, o a ti, Materno; no porque eres poeta, ni para que hagas versos en su favor, ya que éstos le nacen a Baso en su casa, y muy bellos y agradables, pero cuyo suceso es que, después de haber gastado un año entero, y empleado todo el día y la mayor parte de la noche el tiempo en forjar un libro, disponerle a la luz pública, tiene que rogar de propio intento y halagar a algunos para que se dignen escucharlo; y esto no de balde, porque tiene que buscar casa prestada, levantar en ella circo para auditorio, alquilar asientos y repartir esquelas; y aunque el éxito de sus recitaciones sea el más feliz, todo aquel aplauso no dura tres días, como sucede en una planta o flor cortada que no llega a cierto y sazonado fruto. Ni de allí saca amistad alguna o clientela, ni lleva a su casa el gusto de haber hecho un beneficio duradero en la memoria de alguno, sino voces vagas y huecas, y un gozo pasajero. Ha poco que alabamos la liberalidad de Vespasiano, como asombrosa y eminente, por haber dado a Baso quinientos mil sestercios; cosa grande, a la verdad, haber merecido con su ingenio el agrado del príncipe; pero ¿cuánto mejor sería, si así lo permitiesen los propios haberes, venerarse a sí mismo, obsequiar su ingenio y probar su propia liberalidad? Añádase a esto que los poetas, si han de trabajar y hacer algo digno de ellos, tienen que huir del trato de los amigos, privarse de las diversiones de la ciu-

dad y abandonar las demás ocupaciones, y, como ellos dicen, retirarse a los bosques y selvas; esto es, a los desiertos.

10. Pero ni aun la fama y buena opinión, a la cual únicamente se dedican, afirmando ser el único premio de todo su trabajo, es igual entre poetas y oradores, porque ninguno conoció poetas medianos, y buenos, pocos. ¿Cuándo llega a extenderse por toda la ciudad la fama de unas medianas recitaciones, para que digamos que pueda ser conocida en tantas provincias? ¿Quién hay que, o bien venga de España, o bien de la Asia, dejando en silencio a nuestros galos, y llegando a la ciudad, pregunte por Saleyo Baso? Y si acaso quiere verle, visto una vez, pasa adelante, y con esto se contenta, como si hubiera visto alguna figura o estatua. Ni quiero que estas mis razones se tomen en tal sentido que se entienda que yo quiero espantar de hacer versos a aquellos a quienes la naturaleza les negó el talento oratorio, si es que con este estudio pueden pasar con gusto el tiempo ocioso y conseguir algún nombre y fama; porque yo tengo por cosa sagrada y venerable a toda la elocuencia y a todas sus partes; y no solamente creo que deben anteponerse a los estudios de las demás artes o vuestro coturno o los nobles acentos del poema heroico, sino también la gracia de los versos líricos, los amores de los elegiacos, la acritud de los yambos, las agudezas de los epigramas y cualquiera otra especie que tenga la elocuencia. Sólo las he contigo, Materno; porque, dirigiéndote tu naturaleza al alcázar de la elocuen-

cia, prefieres desviarte del camino; y estando en condiciones de alcanzar lo más arduo, te quedas en lo menos importante. Y del mismo modo que si hubieras nacido en la Grecia, en donde es loable ejercitarse en las artes de la palestra, y los dioses te hubieran concedido las fuerzas y vigor de Nicrostato (1), no permitiría que aquellos membrudos brazos, hechos a propósito para la lucha, se aflojasen con el tiro ligero del dardo o del disco; así yo, desde los auditorios (2) y teatros, te llamo al foro y a las causas; esto es, a las verdaderas luchas; principalmente cuando no puedes acogerte al efugio que favorece a otros de que está menos expuesto a ofender el estudio de los poetas que el de los oradores; porque hierve en ti el vigor de tu bella naturaleza, y ofendes, no por causa de algún amigo, sino por tu Catón; ni esta ofensa puede paliarse, o con el cumplimiento de la amistad o de la abogacia, o con haberte puesto a orar con impetu de repente en un caso fortuito; pues no puede menos de parecer que has elegido bien de pensado un personaje notable, y que hable con el carácter correspondiente a su fama. Bien sé lo que a esto puede responderse: que por esta parte se adquieren aprobaciones; y por la otra, en los mismos auditorios se alaban estas cosas, y se anda luego en boca de todos (3). Deja, pues,

(1) Célebre atleta del siglo 1, de quien habla Quintiliano (II, 8, 14).

(2) Salas de lectura públicas.

(3) Laguna en el original.

a un lado la excusa de la quietud y descuido cuando te tomes un contrario superior; bástanos a nosotros conservar las controversias particulares y de nuestro siglo; y si al llevarlas a la práctica nos fuese preciso ofender alguna vez los oídos de los poderosos por causa de algún amigo que peligra, quedará aprobada la fidelidad del oficio y excusada la libertad.

11. Habiendo dicho esto Aper con bastante acritud, como acostumbra, y con grave rostro, empezó Materno con voz suave y risueña: Heme prevenido—dijo— a acusar a los oradores no menos tiempo del que Aper ha gastado en alabarlos—pues juzgaba que de la laudatoria de ellos hiciese digresión para acusar a los poetas y echar por tierra el estudio de la poesía—; subsanó esto con cierta habilidad, permitiendo que hiciesen versos aquellos que no estuviesen en disposición de ejercitar el foro. Mas yo, así como en el ejercicio de las causas puedo hacer algo, y acaso sobresalir, así también he empezado felizmente a conseguir en la recitación de tragedias alguna fama, principalmente desde que en el Nerón quebranté la maligna potencia de Vatinio, que profanaba, además, el sagrado de los estudios; y hoy creo, si es que tengo alguna celebridad y nombre, haberlo granjeado más por la gloria de los poemas que por las oraciones; y, así, he resuelto quitarme ya de la faena del foro; ni echo de menos esos acompañamientos y séquitos, o las repetidas salutations; ni las estatuas y timbres que, aun sin deseárlas yo, se me entraron en mi casa. Por-

que hasta ahora, mejor que con la elocuencia, conservo mi estado y tranquilidad con la inocencia; ni espero tener ocasión jamás de orar en el Senado, sino en defensa de alguno que se halle en peligro.

12. En cuanto a los bosques, selvas y lugares retirados, que reprendía Aper, a mi me causan tanto placer, que los cuento entre los principales frutos de los versos; porque éstos no se componen en medio del bullicio, ni teniendo de espera al litigante ante la puerta, ni entre el luto y el llanto de los reos, sino que el ánimo se retira a los lugares puros e inocentes y goza de los recintos sacros. Estos fueron los principios de la elocuencia, éstos sus templos; con éste hábito y culto se introdujo, para bien de los mortales, en aquellos castos pechos aun no contaminados de vicios; así lo afirmaban los oráculos. Porque el uso de esta interesada y sanguinaria elocuencia es reciente e hijo de la relajación de las costumbres, y como tú, Aper, decías, sustituido en lugar de arma afilada. Mas aquel venturoso, y a nuestro modo de hablar, aquel siglo de oro, escaso de oradores y de delitos, abundaba de poetas y adivinos, que cantaban los generosos hechos y no defendían los ruines; ni otros algunos tuvieron mayor honor ni más sagrado; en primer lugar, entre los dioses, cuyas respuestas, según es fama, daban a conocer, y a cuyos banquetes asistían; y en segundo lugar, entre los hijos de los dioses y los sagrados reyes, entre los cuales no hallamos a ningún abogado, sino a Orfeo, a Lino; y si más hondamente

quieres apurarlo, al mismo Apolo. Pero si estas cosas te parecen con exceso fabulosas y fraguadas por el capricho, al menos me concederás, Aper, que no logró menor gloria entre los hombres Homero que Demóstenes; ni que se ciñese a más estrechos confines la fama de Eurípides y Sófocles que la de Lisias y de Hypérides; aun hoy hallarás muchos que no aprecien tanto la gloria de Cicerón como la de Virgilio; ni tiene tanto nombre ningún libro de Asinio o de Mésala como la *Medea* de Ovidio o el *Tiestes* de Vario.

13. Ni yo, a la verdad, temeré comparar la fortuna de los poetas, y aquella feliz cohabitación que he referido, con la vida inquieta y desasosegada de los oradores, aunque a éstos les hayan elevado a los consulados sus contiendas y las defensas de los reos. Para mí es de mayor aprecio el tranquilo y apartado retiro de Virgilio, en el cual, ni estuvo privado de la gracia de Augusto ni de la celebridad para con el pueblo romano. Testigo de esto son las cartas de Augusto; testigo, el mismo pueblo; el cual, oídos en cierta ocasión en el teatro (1) los versos de Virgilio, todo él se puso en pie; y a Virgilio, que, por casualidad, se hallaba presente, y de espectador, le veneró, como hiciera con Augusto. Ni aun en nuestros tiempos habrá cedido Pomponio (2) a Afro Do-

(1) Por el testimonio de Donato y Servio, comentaristas del gran poeta, sabemos que sus *Églogas*, especialmente la sexta, se cantaron en escena más de una vez.

(2) Poeta; Quintiliano le cita (X. 1, 98) con elogio.

micio (1), ni en la dignidad de su carrera, ni en la perpetuidad de su fama. Porque Crispo y Marcelo, ejemplos que me propones, ¿qué tienen en esta su fortuna que desear? ¿Acaso porque temen o porque son temidos? ¿Acaso porque aun los mismos que solicitan sus favores se indignan de tener que debérselos; o porque, atados con la adulación, ni parecen nunca bastante esclavos a los que mandan, ni a nosotros bastante libres? ¿Cuál es este tan gran poder suyo? Otro tanto suelen poder los libertos. A mí las dulces Musas, como dice Virgilio (2), apartado de inquietudes y cuidados, y de la necesidad de obrar algo cada día contra mi intención, llévenme a aquellos sagrados recintos y a aquellas fuentes donde no sufra más, lleno siempre de miedo al desatinado y resbaladizo foro y una pálida fama; llévenme donde no me despierte el rumor de los que vengan a saludarme o del anheloso liberto; ni, incierto de lo porvenir, escriba un testamento en lugar de una hipoteca; ni posea más que lo que pueda dejar a quien yo quiera cuando llegue mi hora fatal y el fin de mi vida, y me pongan sobre el túmulo, no triste y espantoso, sino alegre y coronado; ni nadie por mi memoria consulte ni pida (3).

14. Aun no bien había concluido Materno, exal-

(1) El más famoso de los oradores en tiempos de Julio Africano.

(2) V. *Geórgicas*, II, 475.

(3) Se refiere a los funerales solemnes que el Senado, con anuencia del príncipe, acordaba celebrar cuando moría algún hombre eminente.

tado y como fuera de sí, cuando Vipstano Mesala (1) entró en su aposento, y habiendo sospechado, por la atención de cada uno, que la plática era asunto de gravedad, dijo:

—¿He venido, por ventura, a mala sazón, estando vosotros tratando alguna secreta consulta, o en la meditación de alguna causa?

— Nada de eso — dijo Secundo —; antes bien, me hubiera alegrado que hubieses venido más temprano, pues te hubiera causado placer, no sólo el discurso elegante que ha hecho nuestro Aper, exhortando a Materno a que pusiese todo su ingenio y estudio en orar causas, sino también la oración de Materno en defensa de la poesía festiva, y como convenia defender a los poetas, pero satírica, y con estilo más semejante al de éstos, que al de los oradores.

—A mí—dijo Mesala—me hubiera servido de indecible placer oír semejante discurso, y, a la verdad, me complazco en que vosotros, que sois varones excelentes y los oradores de nuestros tiempos, empleéis vuestros talentos, así en los negocios forenses y en el ejercicio de las declamaciones, como también en unas disputas que alimentan el ingenio y facilitan un gustosísimo recreo de erudición y literatura, no sólo a vosotros que disputáis de estas cosas, sino también a aquellos a cuyos oídos llegare su noticia. Así, por vida mía, no menos veo ser digno de aprobarse en tí o Secundo, el que, habiendo

(1) Orador de fama e historiador

escrito la vida de Julio Africano, hayas dado a todos esperanza de componer más libros de esta especie que plausible en Aper el no haber dejado aún de ejercitarse en las controversias, queriendo más ocupar su tiempo, como acostumbran los nuevos retóricos, que como solian los antiguos oradores.

15. — Entonces, Aper: ¿No acabas aún, Mesala, de admirar los estudios rancios y antiguos, y ridiculizar y despreciar los de nuestros tiempos? Porque muchas veces oí de ti esto mismo, cuando, olvidado de tu elocuencia y la de tu hermano Aquilio, te empeñabas en probar que ninguno en nuestros días era orador, y esto con tanta mayor arrogancia, según creo, cuanto menos temías la opinión de algún maligno sobre estas cosas, negándote a ti mismo aquella gloria que otros te conceden.

— Ni yo me arrepiento—dijo—de lo que entonces proferí, ni creo tampoco que Materno, o tú mismo, pensáis de otra manera, aunque alguna vez disputéis en contrario. Y deseo conseguir de alguno de vosotros que indague y dé la razón de esta enorme diferencia que yo mismo repetidas veces entre mí examino, y lo que para algunos sirve de consuelo (1), acrecienta en mí la dificultad de la cuestión, porque veo que aun entre los griegos sucedió, que distan más Eschines y Demóstenes de ese sacerdote Nicetas, y de todo otro que haya hecho resonar los recintos de Efeso o Mitilenas con los clamores decla-

(1) Es decir, la decadencia de los demás, consuela, en cierto modo, la propia.

matorios, que lo que Aper o Africano, o vosotros mismos, distáis de Cicerón o Asinio.

16. — Habéis movido—dijo Secundo—una cuestión muy grande y digna de tratarse; pero, ¿quién podrá explicarla más cumplidamente que tú, a cuya suma erudición y aventajado ingenio se llega el estudio y la meditación?

Y Mesala respondió:

—Propondré mi modo de pensar, si antes hubiere conseguido de vosotros que ayudaréis mi discurso.

— Por parte de los dos—dijo Materno—yo lo prometo, porque Secundo y yo cumpliremos las partes que entendiéremos, no que las hayas omitido, sino dejándolas para nosotros, pues tú poco antes has dicho que Aper suele discordar en esto, y él mismo bastante a la descubierta, ya ha rato que se prepara en contrario, y muestra que no lleva a bien este nuestro unido modo de pensar sobre la excelencia de los antiguos.

—No—dijo Aper—permitiré que nuestro siglo, sin ser oído y defendido, sea con esta vuestra conspiración condenado. Pero, primero, os haré una pregunta: ¿quiénes son los que llamáis antiguos? ¿Qué época fijáis de oradores con la significación de este nombre? Porque yo, cuando oigo decir antiguos, entiendo que son ciertos antepasados nacidos en remotos tiempos, y se me representan Ulises y Nestor, cuya edad sobrepaja a nuestro siglo casi en mil trescientos años; mas vosotros sacáis a Demóstenes e Hypérides, los cuales está bien averiguado que florecieron en los tiempos de Filipo y Alejandro, a quie-

nes aún les sobrevivieron. De lo cual se manifiesta que no median entre nuestra edad y la de Demóstenes más que cuatrocientos años, cuyo espacio de tiempo, si lo refieres a la pequeñez de nuestros años, acaso parecerá largo, si a la naturaleza de los siglos y proporción de esta inmensa duración es muy breve y no hay mucha distancia. Porque si, como escribe Cicerón en su *Hortensio* (1), el año *magno* y verdadero es aquel en que segunda vez volverá a existir la misma constitución de cielo, y aquél comprende doce mil novecientos cincuenta y cuatro años de los que ahora usamos, vuestro Demóstenes, a quien llamáis antiguo, empezó a existir, no sólo en el año en que nosotros, sino casi en el mismo mes.

17. Pero paso a los oradores latinos, entre los cuales soléis anteponer, no a Menenio Agripa (2), según creo, que puede parecer antiguo a los elocuentes de nuestro tiempo, sino a Cicerón, César, Celio, Calvo, Bruto, Asinio y Mesala, a los cuales no veo, a la verdad, por qué los aplicáis más bien a los tiempos antiguos que a los nuestros, porque hablando de Cicerón, fué muerto a 9 de diciembre, según escribe su liberto Tirón, siendo cónsules Hircio y Pansa, en cuyo año el divino Augusto se substituyó a sí mismo y a Q. Pedio por cónsules en lugar de Pansae Hircio (3). Pon cincuenta y seis años que después el divino Augusto gobernó la República; añade veintitrés de

(1) Obra perdida.

(2) Cónsul en 503 (a. J.-C.)

(3) En 19 de agosto de 43 (a. J.-C.)

Tiberio; próximamente cuatro de Cayo; veintiocho de Claudio y de Nerón, aquel largo y único año de Galba, Otón y Vitelio, y, en fin, seis que llevamos de este feliz principado en que Vespasiano dirige la República, y suman ciento veinte años desde la muerte de Cicerón hasta hoy día, que es la vida de un hombre. Porque yo en la Britania vi un anciano que aseguraba haberse hallado en aquella batalla en que intentaron apartar y arrojar de sus playas a César, que metía la guerra en los Britanos. Así que, si el cauciverio, o la voluntad, o la suerte, hubiera traído a Roma a este hombre, que, armado, resistió a César, eso mismo pudo oír a César y Cicerón y asistir a nuestras acciones. En el último reparto (1), vosotros mismos visteis a muchos viejos que contaban haber recibido más de una vez el congiario de manos del divino Augusto, de lo cual puede inferirse que pudieron ellos oír a Corvino y Asinio. Porque Corvino duró hasta la mitad del principado de Augusto, y Asinio, hasta casi el fin de él. Ni dividáis tampoco el siglo, y llaméis añejos y antiguos oradores a los que el oído de unos mismos hombres pudo conocer, y como unir y atar.

18. He dicho esto de antemano, a fin de que, si alguna alabanza se adquiere en los tiempos por la fama y gloria de estos oradores, pueda yo mostrar que es común a las dos épocas, y aun más cercana a nosotros que a Sergio Galba, C. Lelio, C. Carbon y cualesquiera otros que con razón podríamos lla-

1) Tácito: *Congiarium*; reparto de víveres al pueblo.

mar antiguos. Porque son oscuros, ásperos, toscos e inelegantes, y tales, que ojalá no los hubieran imitado ni vuestro Calvo, ni Celio o el mismo Cicerón. Pero ya quiero tratar el asunto con más fuerza y aliento, exponiendo también de antemano que con los tiempos se mudan los caracteres y modos de decir; así como comparado Cayo Graco con Catón, el viejo es más lleno y copioso, así también es más pulido y adornado que Graco, así Cicerón más claro y de un gusto más fino y elevado que los dos, y Corvino más suave, más dulce y más estudiado que Cicerón. Ni examino quién es el más elocuente; me contentaré por ahora con haber probado que no es uno mismo el carácter de la elocuencia; que en esos mismos que vosotros llamáis antiguos, se hallan muchas especies de ella, y que no se sigue inmediatamente ser malo lo que es diverso, sino que por causa de malignidad humana lo viejo siempre se alaba, y lo presente nos fastidia. ¿Dudamos, por ventura, que hubo quien admirase más a Appio Ceco que a Catón? Bien sabido es que Cicerón tuvo también algunos que le mordiesen, a los cuales le parecía hinchado, hueco y no bastante exacto, redundante y superfluo con exceso, y poco ático. Tú bien has leído las cartas de Calvo y Bruto a Cicerón, de las cuales fácil es comprender que Calvo pareció a Cicerón sin jugo y deshecho, y Bruto lento y frío, y que, al contrario, Calvo habló mal de Cicerón, pareciéndole dislocado y sin nervio, y Bruto le motejó—dirélo con sus palabras—de quebrado y sin fuerza. Si preguntas mi dictamen, todos me parece que dijeron la verdad; pero

luego trataré de cada uno en particular, que ahora hablo solamente de todos en general.

19. Porque en cuanto a que los admiradores de los antiguos suelen establecer por término de la antigüedad hasta Casio Severo, del cual dicen que fué el primero que se desvió de aquel antiguo y recto camino de orar, yo insisto en que él, no por debilidad de talento, ni por falta de literatura, se mudó a este género de decir, sino con mucho juicio y discreción. Pues vió—como poco antes decía—que la forma y aspecto de la elocuencia debía mudarse con el estado de los tiempos y la diversidad de oídos; escuchaba fácilmente con paciencia este antiguo pueblo, como poco sabio e instruido, la duración larga de unas oraciones insustanciales, y aun se reputaba por digno de alabanza el que uno se estuviese orando todo el día. Así se tenía en mucha estima una larga preparación en los exordios, el tomar desde muy al principio el hilo de la narración, la vana ostentación de dividir el asunto en muchas partes, mil grados de argumentos y todo cuanto enseñan los aridísimos preceptos de los libros de Hermagoras y Apolodoro; y si alguno había gustado un poco la filosofía, e introducía en ella algún lugar en su oración, le levantaban hasta el cielo con sus alabanzas. Ni es de extrañar; todas estas cosas eran nuevas y desconocidas, y aun había poquitos entre aquellos oradores que hubiesen saludado los preceptos de los retóricos ni las doctrinas filosóficas. Pero, en verdad, hechas ya vulgares estas cosas, hallándose apenas uno de los que asisten al circo que no esté, si no

del todo instruido en los principios de estos estudios, al menos tinturado, es ya necesario tentar otras sendas de elocuencia nuevas y exquisitas por las cuales evite el orador el fastidio del oído, y, principalmente, en presencia de unos jueces tales, que más bien conocen en las causas por violencia o poder, que por ley ni derecho; que no reciben término de tiempo, sino que lo prescriben; que no tienen que esperar al orador a que hable del asunto por el espacio que le parezca, sino que muchas veces le amonestan a su arbitrio, y que si se desvía del asunto, le hacen volver a él y le insinúan a que se dé prisa.

20. ¿Quién aguantará ahora a un orador que en su exordio hable sobre su quebrantada salud, cuyo género de exordios es frecuente en Corvino? ¿Quién escuchará con paciencia los cinco libros contra Verrres? ¿Quién sobre la excepción (1) y fórmula (2) sufrirá aquellos inmensos volúmenes que leemos en favor de M. Tulio o A. Cecina? Ahora, en estos tiempos, el juez va delante del que ora, y si no se ve halagado y sobornado con la velocidad de los argumentos, colorido de las expresiones o brillantez y adorno de las descripciones, le odia. También el vulgo de los concurrentes, y el abundante y vago oyen-

(1) Las *excepciones* eran medios de defensa concedidos por el *jus praetorianum* a quienes, teniendo en contra suya el derecho estricto, tenían en su favor la equidad.

(2) Documento escrito que señalaba el orden del procedimiento en cada caso particular.

te, está acostumbrado ya a exigir gracia y belleza en la oración, ni en las causas puede sufrir ya la triste y desgreñada antigüedad, al modo que si en el teatro quisiera alguno imitar el gesto de Roscio o de Turpion Ambivio. Y aun los jóvenes que están al yunque de los estudios, y que para aprender acompañan a los oradores, quieren, no solamente oírlos, sino también volver a su casa instruidos con alguna cosa digna de atención y memoria. Y se lo comunican mutuamente, y lo escriben muchas veces a sus colonias y provincias, ora hayan visto brillar algún pensamiento con alguna aguda y breve sentencia, ora sobresalir con algún adorno exquisito y poético. Porque ya se pide a un orador también la elocuencia poética, no manchada con lo rancio de Atio o Pacuvio, sino sacada del divino tesoro de Horacio, Virgilio y Lucano. Condescendiendo, pues, con los oídos y juicios de estos los oradores de nuestra edad, resulta la elocuencia de ésta más hermosa y adornada. Mas no por eso son menos persuasivas nuestras oraciones, porque llegan con más deleite a los oídos de los que juzgan. ¿Acaso creerías que son menos fuertes los templos de estos días, porque no están contruidos con piedras toscas y disformes tejas, sino porque brillan en mármol y en oro relumbran?

21. Porque os diré llanamente lo que siento: Yo apenas puedo tener la risa con alguno de los antiguos, y en otros ni aun impedir el sueño. Ni nombraré a uno del pueblo, como Canutio, o Arrio, o los Furnio, o los Toranios, o cualesquiera otros que es-

tán pudriendo huesos y esqueletos en el mismo hospital (1). El mismo Calvo, que dejó escritos veintiún libros, según creo, apenas me gusta en una que otra oracioncilla, ni veo que otros sean de distinto parecer que el mío; porque, ¿quién hay que lea la de Calvo contra Asitio, o la que hizo contra Druso? Y en verdad que andan en manos de curiosos las acusaciones tituladas contra Vatino, especialmente la segunda; está adornada de palabras y expresiones acomodadas a los oídos de los jueces; tanto, que conocerás que el mismo Calvo entendió lo que era mejor, y que no le faltó voluntad para hablar con estilo magnífico y adornado, sino el ingenio y las fuerzas. ¿Qué diremos de las oraciones de Celio? Es claro, agradan por el artificio en general, ya por el de algunas de sus partes, en las cuales reconocemos la gracia y alteza de nuestros tiempos; pero la poca elección de palabras, la interrumpida composición y las frases sin arte huelen a antigüedad; ni reputo a nadie por tan amigo de lo rancio que alabe a Celio por la parte que es antiguo. Concedamos enhorabuena a C. César que en la elocuencia, por causa de la grandeza de las cosas a que tenía que atender y por sus ocupaciones, hubiese hecho menos de lo que requería su divino ingenio, del mismo modo que a Bruto, a quien dejamos en su filosofía, pues que en sus oraciones e inferior a su fama, como lo confiesan

(1) Toda esta frase, un poco oscura, es un proverbio; refiérase Tácito al estilo descarnado que parece dejar ver los huesos (ossa), y que está falto de energía y nervio.

hasta sus mismos admiradores, a no ser que alguno lea la de César en favor de Decio Samnita, o la de Bruto en favor del rey Deyotaro, y los demás en quienes se observa la misma lentitud y tibieza o admire alguno de sus versos, pues los hicieron y los entregaron en las bibliotecas, no mejor que Cicerón, pero con más facilidad, porque muy pocos saben que aquéllos los compusieron. También Asinio, aunque nació en tiempos más cercanos a nosotros, me parece que estudió entre los Menenios y los Apios; él, ciertamente, imitó a Pacuvio y Attio, así en las tragedias que hizo como en sus oraciones: tanto es duro y seco. A la manera del cuerpo del hombre, es hermosa aquella oración en la que no se ven sobresalir las venas ni se le cuentan los huesos, sino bien comtemplada la sangre, llena los miembros, y se releva en los morcillos, y a los mismos nervios cubre el rosor, y la gracia los recomienda. No quiero reprender a Corvino, porque no estuvo de su parte el que expresase el placer y brillo de nuestros tiempos y cuanto hubiera correspondido, a su juicio, la energía del ánimo o del ingenio.

22. Vengo a Cicerón, quien tuvo la misma disputa con los de su tiempo, que la que yo ahora tengo con vosotros, pues ellos admiraban a los antiguos, y él anteponía la elocuencia de sus tiempos, ni en otra cosa excede él a los oradores de aquella edad sino en el juicio. Porque él fué el primero que pulió el modo de orar; él fué el primero que echó mano de la elegancia de las palabras y dió arte a la composición, introdujo las digresiones gustosas, e in-

ventó algunas sentencias de afectos, particularmente en aquellas oraciones que compuso ya viejo y cercano al fin de su vida, esto es, después que había hecho mayores progresos, y aprendido, por práctica y experiencia, el mejor género de orar. Porque sus primeras oraciones no carecen de los defectos de los antiguos: pesado en los exordios, prolijo en las narraciones, parado en las digresiones, conmuévase lánguidamente, rara vez entra en calor, y tiene pocos afectos. Escasas son las sentencias que están dispuestas armónicamente y rematadas con brillantez; nada podrás escoger, nada notar, y como en un edificio tosco son firmes, a la verdad, y duraderas las paredes; pero no bastante amoldado y lucido. Mas yo quiero que el orador, como un rico y buen padre de familia, esté a cubierto de un edificio que, no sólo le defienda de las lluvias y vientos, sino también que agrade a la vista y a los ojos; que esté alhajado, no solamente de las precisas alhajas, sino que en sus aparadores haya también oro y piedras preciosas que por recreo puedan tomarse en las manos, y mirarse muchas veces, y algunas otras se guarden como gastadas y añejas; no hay palabra como amohecida, ni la sentencia esté formada con pesadez y pereza a la manera de los Anales; huya la fea e insulsa chocarrería, varíe la composición, y no acabe de una misma manera todos los periodos.

23. No quiero motejar aquello de *rueda de la fortuna* y el *caldo Verrino*, y a cada tres sentencias aquel *esse videatur*, que en boca de todos anda como estribillo, porque he traído todo esto bien a mi pesar, y

he omitido otras cosas, las cuales únicamente admiran y las repiten los que se lisonjean de llamarse oradores antiguos. A nadie nombraré; me contento con notar el carácter de los hombres. Mas a vuestra vista están aquellos que leen a Lucilio en vez de Horacio, y a Lucrecio en vez de Virgilio; aquellos a quienes les da asco la elocuencia de Aufidio Baso o Servilio Noniano, en comparación de Sisena o Varrón; aquellos que repugnan y aborrecen los comentarios (1) de nuestros retóricos, y admiran los de Calvo; aquellos a quienes, charlando ante los jueces a la usanza antigua, no tienen oyentes, no los escucha el pueblo, y apenas pueden sufrirlos los mismos litigantes, tan tristes y desaliñados, consiguen con la debilidad y ayuno aquella misma sanidad de que se glorian. A la verdad, los médicos no aprueban aquella salud que se adquiere con angustia de ánimo, ni basta que uno no esté enfermo; le quiere robusto, alegre y animoso; poco dista de la enfermedad aquel en quien sólo se alaba la mera sanidad. Mas vosotros, que sois elocuentísimos, ilustrad, como podéis y lo hacéis, a nuestro siglo con el más elegante género de orar. Porque veo, Mesala, que tú imitas lo más gustoso de los antiguos, y a vosotros, Materno y Secundo, que mezcláis con la gravedad lo más brillante y culto de la expresión que hay en vosotros: elección de la invención, orden de las cosas y copiosa dicción cuando la causa lo pide; brevedad cuando se requiere, decoro en la composición y

(1) O sea los discursos escritos.

claridad en los pensamientos, que de tal suerte expresáis los afectos y templáis la libertad, que aun cuando la malevolencia y la envidia impidan reconocer nuestro modo de pensar, os harán justicia nuestros venideros.

24. Habiendo dicho esto Aper, replicó Materno:

—¿No habéis reconocido la vehemencia y ardor de Aper? ¡Con qué torrente, con qué ímpetu defiende nuestro siglo! ¡Con qué verbosidad y variedad censuró a los antiguos! ¡Con cuánto ingenio y espíritu, erudición y arte, tomó de ellos mismos aquellas mismas cosas con que los acometía! Ahora, Mesala, no debes dejar de cumplir tu promesa: no queremos ya defensores de los antiguos, ni comparamos con ninguno de los nuestros —aunque poco ha los alabamos— a aquellos que Aper ha motejado. Ni éste, a la verdad, lo siente como lo dice, sino que, a la usanza antigua, y por otra parte celebrada de vuestros filósofos, se tomó la parte de decir en contrario. Decláranos, pues, no la alabanza de los antiguos, a quienes bastante elogia su propia fama, sino las causas por que nos hemos alejado tanto de su elocuencia, principalmente cuando desde la muerte de Cicerón, hasta hoy día, no van más que ciento veinte años, como resulta por la serie de los tiempos.

25. Entonces, Mesala:

— Seguiré, oh Materno, la propuesta que me has hecho, ni he de detenerme mucho en refutar a Aper, que primeramente movió cuestión de nombre, como se llamasen con poca propiedad antiguos a los oradores que, según es sabido, vivieron hace cien años.

No voy a discutir las palabras; llámeseles, pues, antiguos, antepasados o con cualquier otro nombre, con tal que quede sentado que en aquellos tiempos fué más sobresaliente su elocuencia. Tampoco me opongo a aquella parte de su discurso, en que se afirma que hubo muchas formas de elocuencia, no sólo en los mismos siglos, sino en diversos. Pero al modo que entre los áticos se da el primer lugar a Demóstenes, y obtienen el próximo Hypérides, Lisias y Licurgo, y por consentimiento general se celebra particularmente esta edad de los oradores, así entre nosotros Cicerón sobresalió entre todos los demás elocuentes del mismo tiempo. Mas Calvo, Asinio, César, Celio y Bruto, con razón son antepuestos a los que le siguieron más o menos cerca de nosotros, ni obsta que entre sí se diferencien en especie con tal que convengan en género. Calvo es más cortado; Asinio, más numeroso; César, más brillante; Celio, más mordaz; Bruto, más grave; Cicerón, más vehemente, más lleno, más enérgico; pero todos tienen la misma sanidad de elocuencia; de suerte que, si tomas en las manos juntamente los libros de todos, verás que aun en diversos talentos hay cierta semejanza y parentesco de juicio y voluntad; y en cuanto a que unos motejaron a otros, y quedan cartas suyas en que se nota algo por donde se descubre su recíproca malevolencia, es vicio, y no de oradores, sino de hombres. Porque creo que Calvo y Asinio, y aun el mismo Cicerón, acostumbraron a tener envidia y malevolencia, y fueron poseídos de otros vicios de la humana debilidad. Sólo Bruto, entre és-

tos, pienso que no estuvo tocado del odio ni envidia, sino que descubrió, llana e ingenuamente, lo interior de su ánimo. ¿Acaso tendría envidia de Cicerón, cuando, a mi parecer, no la tenía ni aun de César? En cuanto a Servio Galba, a Lelio y a todos los restantes antiguos que Aper censuró, no necesitan de defensor, confesando yo que faltaron algunas cosas a su elocuencia, como que aun estaban en su infancia y no era bastante adulta.

26. Pero si, dejando aparte aquel mejor y más perfecto género de elocuencia, se ha de escoger una forma, quisiera, en verdad, más la vehemencia de C. Graco, o la madurez de Craso, que los afeites de Mecenas o el retintin de Galión; por tanto, deseara más vestir al discurso con una toga recia, que adornarle con vestidos brillantes y de mujer prostituida. Ni tampoco es oratorio, o, más bien, no es varonil, ese culto de que usan los más de los abogados de nuestros tiempos, expresando aires teatrales con la afectación de las palabras, poca gravedad en las sentencias y licencia en la composición, y jactándose los más de lo que debe causar vergüenza escuchar, reputando por alabanza, gloria e ingenio, el que se canten y dancen sus Comentarios. De donde tiene origen aquel feo e impropio, pero frecuente aplauso, con que se dice que nuestros oradores hablan con soltura, y los histriones danzan con elocuencia. No negaré que Casio Severo, al cual sólo se atrevió a nombrar nuestro amigo Aper, comparado con los que después florecieron, puede ser llamado orador, aunque en la mayor parte de sus libros haya más

energía que vigor real. Fué, en efecto, el que, desentendiéndose del orden de las cosas, dejados a un lado la escrupulosidad y decoro de las palabras, mal vestido aún de las mismas armas de que usa, y descubierto su flanco, las más veces con el deseo de herir, no pelea con regla, sino que riñe sin arte. Pero, como he dicho, comparado con los que después vinieron, excede en mucho a los demás, ya en la variedad de la dicción, ya en el chiste urbano, y ya, en fin, en el nervio de la expresión; a ninguno de aquéllos nombró Aper, ni se atrevió a sacarlos como a campo de batalla. Yo esperaba que, censurados Asinio, y Calvo, y Celio, nos presentase otro escuadrón, y citase muchos más, o siquiera otros tantos, con que pudiésemos oponer uno a Cicerón, otro, a César, y, en fin, a cada cual el suyo. Contento, por ahora, en nombrar a cada uno de por sí a los antiguos, no se atrevió a alabar a ninguno de los posteriores sino en general y en común, temiendo, a lo que creo, no ofendiese a muchos si escogía a pocos; porque, ¿quién hay entre los que concurren a las ejercitaciones, que no esté persuadido en nombrarse antes de Cicerón o después de Gabiniano? Mas yo no recelaré nombrarlos a cada uno de por sí para que, más fácilmente puestos a la vista los ejemplos, se vea con qué grados se ha ido debilitando y se ha disminuido la elocuencia.

27. — Date prisa — dijo Materno —, y cuida más bien de cumplir lo prometido, pues no deseamos concluir que los antiguos fueron más elocuentes, porque por mí, en verdad, no lo niego; sólo buscamos las

causas que tú poco antes dijiste que acostumbrabas a tratar con más apacible elocuencia, y admirando la de nuestros tiempos antes que te irritase Aper impugnando la de tus antepasados.

— No me he ofendido — dijo — con la disputa de Aper, ni tampoco será decente que os ofendáis vosotros si alguna cosa por casualidad disonase a vuestras oídos, puesto que sabéis bien que es ley de este género de pláticas decir su parecer sin que trascienda el daño a la amistad.

— Pasa adelante — dijo Materno —, y puesto que has de hablar de los antiguos, usa de la antigua libertad, de la cual hemos degenerado más que de la elocuencia.

28. Y Mesala:

— No escondidas causas quieres saber, Materno, ni de ti mismo, ni de este Secundo, o de este Aper ignoradas, aunque me daís el cargo de sacar a plaza lo mismo que nosotros todos sentimos. Porque, ¿quién ignora que, no solamente la elocuencia, sino también las demás artes, se desviaron de esa antigua gloria, no por falta de hombres, sino por desidia de la juventud, descuido de los padres, ignorancia de los maestros y olvido de la usanza antigua?, cuyos males, teniendo su primer origen en Roma, difundidos después por Italia, ya corren por las provincias, si bien los nuestros están más a nuestra vista. Yo hablaré sólo de la ciudad y de estos defectos propios y nacidos en nuestras casas, los cuales pasan inmediatamente a nuestros hijos, y se van amontonando por todos los grados de la vida.

Pero antes hablaré de la severa disciplina de nuestros antepasados sobre el modo de educar a los hijos y formarles el corazón. En primer lugar, desde el principio, el hijo que le daba a cada uno su casta madre, no en la choza de una alquilada nodriza, sino en el seno, y entre los brazos de la buena madre, era educado, cuya principal loa era saber cuidar de su casa y mirar por sus hijos. Escogiase alguna parienta de anciana edad, a cuya probidad y acreditada conducta era encargado el gobierno de toda la familia, en cuya presencia, ni era permitido hablar cosa que fuese notada de torpeza, ni hacer lo que pudiese parecer indecoroso; y no solamente templaba con cierta santidad y modestia los estudios y tareas, sino también los recreos y juegos de los muchachos. Así sabemos que se gobernaban en su educación Cornelia, madre de los Gracos; Aurelia, de César; y Atia, de Augusto; cuya enseñanza y severidad tenían por mira el que el natural de cada uno, sencillo y puro, y no viciado con ninguna maldad, recibiese en lo íntimo de su ánimo las artes liberales, y que ya se inclinase a la milicia, ya a la jurisprudencia, ya al estudio de la elocuencia, sólo en esto se ocupase, y todo entero lo aprendiese.

29. Pero ahora el niño recién nacido es entregado a alguna criaduela griega y se le agrega uno que otro esclavo, acaso el más vil de todos los de la casa, y de los que nada valen para servicio alguno serio; el tierno ánimo del niño se empapa desde luego de las patrañas y prejuicios de éstos; ni a nadie de los de la casa se le da nada de lo que se diga o

haga delante del amo niño, puesto que ni aun los mismos padres avezan a sus hijos a la bondad ni a la modestia, sino a la lascivia y a la burla perversa, por cuyo medio se introduce la desenvoltura y el menosprecio de lo propio y de lo extraño. Aún más; me parece que los vicios peculiares de esta ciudad se engendran en el vientre de la madre, el aprecio que se hace de los histriones y la pasión por los gladiadores y luchadores a caballo, en cuyas diversiones, ocupado y poseído el ánimo. ¿cuánto lugar deja para las buenas artes? ¿A quién hallarás que en las casas hable de otra cosa? ¿Qué otras conversaciones de los jóvenes oímos, si alguna vez entramos en los auditorios? Ni aun los maestros gastan otras pláticas con sus oyentes más frecuentes que éstas; acarrean discípulos, no por haber examinado en ellos la buena conducta y el talento, sino el atractivo de sus cortésias y la añagaza de la adulación.

30. Dejo aparte el estudio de las primeras letras (1), en las cuales se pone poco esmero; ni se gasta mucho tiempo en la gramática, en entender los autores, y en estudiar la antigüedad, ni en el conocimiento filosófico e histórico de las cosas, ni del hombre, ni de los tiempos, sino que se apresuran para ir a oír a los que llaman retóricos, cuya influencia mostraré bien pronto cuán escasa haya sido al introducirse en Roma, y cuán poca autoridad haya tenido entre nuestros antepasados. Para esto es

(1) Es decir, la lectura, escritura, cálculo y música.

menester volver los ojos a aquella enseñanza, que hemos oído haber usado a aquellos oradores, cuyo inmenso trabajo y cotidiana meditación y ejercicio en todo género de estudios se deja ver en sus libros. Bien conocido tenéis el tratado de Cicerón intitulado *Bruto*, en cuya parte última—porque la primera se emplea en la narración de los oradores antiguos—refiere sus propios principios, su pasos, y como cierta educación de su elocuencia, que aprendió el Derecho civil bajo la dirección de Q. Mucio, que recibió la instrucción en todas partes de la filosofía, ya de Filón, Académico, ya de Diodoro Estoico; y que no contento con estos maestros, que había tenido la proporción de oír en Roma, viajó por la Acaya y Asia para aprovecharse de todos los conocimientos de las varias artes. Así que, por vida mía, en los libros de Cicerón es fácil advertir que no les faltó la instrucción científica ni en la geometría, ni en la música, ni en la gramática, ni en ninguna arte liberal. El tuvo conocimiento de su sutileza dialéctica. él de la utilidad de la parte moral, él de las causas físicas de las cosas y sus movimientos. Así la admirable elocuencia de este varón esclarecido, abunda y rebosa de mucha erudición, de la instrucción en muchas artes y de todas las ciencias; ni la energía del discurso se ciñe en tan breves y estrechos límites como la de las demás artes, sino que es orador, aquel que sobre toda cuestión puede hablar con lucimiento y adorno, con disposición a persuadir, según el decoro de las cosas y ocasión de los tiempos, con deleite de los oyentes.

31. De esto estaban persuadidos aquellos antiguos oradores. Para conseguirlo, conocían que era menester no declamar en las escuelas de los retóricos, ni ejercitar su lengua y voz en controversias fingidas, apartadas enteramente de la verdad, sino embeber su ánimo de aquellas artes en que se disputa de los bienes y males, de lo honesto o lo torpe, de lo justo e injusto. Esta es la materia en que se ejercita el orador, porque en las causas judiciales frecuentemente hablamos de la equidad, en las deliberativas, de lo útil; en las demostrativas, de lo honesto; pero de forma que, a veces, todas estas cosas se mezclan recíprocamente, acerca de las cuales ninguno puede tratar copiosamente y con variedad y ornato, sino el que tiene conocimiento de la humana naturaleza, de la fuerza de las virtudes, de la malicia de los vicios y la inteligencia de aquellas cosas que no se colocan ni entre los vicios ni las virtudes. De estas fuentes también nace el que pueda instigar o suavizar más fácilmente la ira del juez aquel que sabe lo que es ira, y con más presteza le impela a la compasión aquel que sepa qué es misericordia y con qué afectos del ánimo se conmueve. Versado el orador en estas artes y ejercicios, aunque tenga que hablar en presencia de jueces airados o codiciosos, envidiosos o tristes, será dueño de los resortes todos de sus espíritus, y según lo requiriese la naturaleza de cada uno de ellos, echará mano y templará la oración con los instrumentos prevenidos y aparejados para la obra. Hay jueces a quienes hace mayor impresión cierto género de de-

cir apretado y recogido, y que con prontitud cierra cada argumento; para con éstos aprovechará haberse ejercitado en la Dialéctica. A otros deleita más la oración extendida e igual y sacada de los comunes conocimientos. Para mover a éstos nos prestarán algo los peripatéticos; éstos nos darán lugares convenientes (1) y ya dispuestos para toda disputa; los académicos, la contienda; Platón, la alteza; Xenofonte, el gusto. Ni desdirá del orador tomar algunas exclamaciones honestas de Epicuro y Metrodoro, y usar de ellas según lo pidiere el asunto. Mas no instruimos a un sabio virtuoso o a un compañero de los estoicos, sino a aquel que debe conocer a fondo determinadas artes y gustarlas todas. Y por esto los antiguos oradores, además de comprender la ciencia del Derecho civil, al mismo tiempo estaban bien instruidos en la gramática, música y geometría. Porque en las causas que frecuentemente ocurren, o en muchas o en casi todas, es menester el conocimiento del derecho, y en las más son necesarias estas otras ciencias.

32. Ni valga la réplica de que basta que para la ocasión nos enseñen algo sencillo y uniforme. Porque, en primer lugar, de un modo usamos de lo que es propio, y de otro, de lo que es prestado; y es claro que hay mucha diferencia en proferir uno lo que posee, de lo que otro le preste. En segundo lugar, el poseer la instrucción en muchas artes, aun cuando trate otra cualquier cosa, sirve de adorno, y

(1) Véanse los reunidos por Cicerón en su *Tópicas*.

cuando uno menos se piensa, sobresale y se aventaja. Y esto lo entiende no sólo el docto y erudito oyente, sino que hasta el pueblo lo conoce; y de tal suerte le alaba, que le reputa por hombre que ha estudiado con solidez, que ha corrido toda la carrera de la elocuencia, y que es orador del todo; mas yo afirmo que éste, ni puede existir, ni ha existido, sino cuando, a la manera del que sale al combate, armado de pies a cabeza, haya quien se presente en el foro preparado con el conocimiento de las artes todas, lo cual, de tal modo se tiene en poco precio por los elocuentes de este tiempo, que dan lugar en sus causas a que se le noten la hez de nuestra habla cotidiana, y otros defectos feos y vergonzosos, por donde se conoce que, ignorando las leyes, no tienen noticia de los decretos del Senado; se burlan de intento del derecho de los ciudadanos y miran con horror el estudio de la sabiduría y los consejos de los prudentes. De este modo arrojan a la elocuencia como echada de su reino al pequeño recinto de pocos conocimientos y sentencias, de suerte que la que en otro tiempo señora de todas las artes, llenaba el espíritu con una brillante comitiva, ahora escatimada y cercenada, sin aparato, sin honor, y me atreveré a decir sin nobleza, se aprende como uno de los oficios más viles. Luego esta es, a mi parecer, la primera y principal causa de habernos desviado tanto de la elocuencia de los antiguos oradores. Si se quieren testigos, ¿cuáles nombraré más fidedignos que, entre los griegos, a Demóstenes, de quien se sabe que fué muy frecuente en oír a Platón? No

dice Cicerón, si bien me acuerdo, con estas mismas palabras, «que cuanto había adelantado en la elocuencia lo había adquirido no en las oficinas de los retóricos, sino en los espacios de la Academia» (1). Otras causas hay grandes y de mucho peso, las cuales es justo que vosotros declaréis; porque, en verdad, yo he satisfecho ya mi cargo, y según es costumbre mia, ya habré defendido a muchos, que si por casualidad oyeran esto, tengo por cierto que dirían haberme yo recreado en mis necesidades, alabando como necesaria al orador la ciencia del derecho y la filosofía.

34. Pero Materno replicó:

— No solamente me parece que no has cumplido con tu encargo, sino que apenas lo has empezado, y sólo has mostrado ciertos embozos y primeros trazos. Porque has dicho en qué cosas solían instruirse los oradores antiguos, y has mostrado la diferencia entre nuestra desidia e ignorancia en contraposición de sus laboriosísimos y amenos estudios; mas ahora de ti espero lo qué resta, y es, que así como me has hecho ver lo que ellos sabían y lo que nosotros no sabíamos, hagas también que oiga en qué ejercicios los jóvenes ya introducidos en el foro solían robustecer y alimentar sus talentos; porque tú, según creo, no negarás que la elocuencia no se encierra sólo en saber el arte y la ciencia, sino que también, y aun esto es más necesario, es menester adquirir facilidad y experiencia, y esto mis-

(1) Cicerón: *De Oratore*, 3, 12.

mo parece que aprueban éstos con su semblante.

En efecto; habiendo asentido a esto mismo Aper y Secundo, Mesala, como tomando de nuevo el hilo, dijo:

— Puesto que he demostrado bastante, según mi juicio, los principios y semillas de la antigua elocuencia, haciendo ver en cuáles artes los antiguos oradores solían instruirse e informarse, proseguiré ahora hablando de sus ejercicios, aunque, en verdad, las mismas artes ya tienen su ejercicio, porque ninguno puede comprender cosas tan variadas y recónditas, si no agrega a la ciencia, la meditación: a la meditación, el vigor intelectual, y a éste, la práctica de la elocuencia; por todo lo cual se colige que es uno mismo el camino de percibir lo que se dice y de expresar lo que se percibe. Y si a alguno pareciesen estas cosas más oscuras, y separando la ciencia del ejercicio, al menos concederá que un ánimo aparejado y lleno de estas artes vendrá más dispuesto a aquellos ejercicios que parecen propios de los oradores.

34. Así que entre nuestros antepasados, el joven que se preparaba al foro y a la elocuencia, instruido ya en la enseñanza doméstica, lleno también de los estudios liberales, era conducido por el padre o pariente a aquel orador más visible en la ciudad. Acostumbrábase a seguir a éste, a acompañarle, estar presente a sus oraciones, ya fuese en los tribunales, ya en las arengas al público; de suerte, que aprendía a oír las confutaciones, a verse en las competencias, y, digámoslo así, a pelear en ba-

talla. Inmediatamente adquirían así los jóvenes grande práctica, mucha firmeza y mucho más juicio estudiando en medio de la claridad y entre los mismos riesgos en donde ninguno dice algo sin conocimiento, o en contradicción que pueda tachar el juez, o echar en cara el contrario, o con que sean despreciados los mismos abogados. Así eran instruidos, desde luego, en la verdadera y pura elocuencia, y aunque imitasen a uno solo, conocían a todos los patronos de aquellos días en la mayor parte de las causas y juicios. Tenían a la vista la varia concurrencia del pueblo, de cuyos diversísimos oídos podía escucharse fácilmente qué cosa era en cada uno, o digna de alabanza, o que mereciese el desagrado. Así no faltaba tampoco un escogido y excelente maestro que presentase, no una falsa imagen, sino el aspecto real de la elocuencia, ni contrarios, ni émulos que peleasen no con varas de esgrimir, sino con arma blanca, ni un auditorio siempre lleno, siempre nuevo, compuesto de envidiosos y favorecedores, dispuestos a no pasar en silencio ni los defectos ni los aciertos. Porque bien sabéis que esa grande y duradera fama de la elocuencia se adquiere no menos en los bancos de la parte adversa que en los propios; antes bien, se levanta allí con más vigor y se corrobora de modo más duradero. Y a la verdad, bajo la dirección de semejantes maestros, aquel joven de que hablamos, discípulo de los oradores y del foro, presenciando las causas, instruido y acostumbrado con la experiencia ajena, y a quien, con la continuación de oír, le eran conocidas las le-

yes, no le asustaban los nuevos semblantes de los jueces, era frecuente a su vista la costumbre de las asambleas, y le eran muchas veces conocidos los oídos del pueblo; entonces, ora emprendiese una acusación, ora una defensa, él solo y por sí era desde luego hombre para cualquier causa. A los diez y nueve años de edad, acusó L. Craso contra C. Carbón; a los veintiuno, César contra Dolabela; a los veintidós, Asinio Polión contra C. Catón; Calvo contra C. Vatinio, no muy desiguales en tiempo; y esto con tales oraciones, que aun hoy día las leemos con asombro.

35. Pero nuestros jóvenes ahora son conducidos a las escuelas de esos que se llaman retóricos, cuyo género de hombres existió aun antes de Cicerón, y no agradaron a nuestros antepasados, como lo prueba el que los censores Craso y Domicio les mandaron que cerrasen, como dice Cicerón (1), la palestra del descaro. Pero, como yo decía antes, son llevados ahora los jóvenes a las escuelas, en las cuales no sabré decir si traen más daño a los ingenios, o el mismo lugar, o los condiscipulos, o el género de los estudios. Porque en el lugar no hay respeto alguno; y, además, nadie entra en él sino otro ignorante como ellos. En los discipulos no hay algún aprovechamiento; pues muchachos entre muchachos, y aun entre mozuelos, hablan y son escuchados con igual descuido. El género de los ejercicios es, por lo general, contrario al fin que con ellos se persigue. Por-

(1) *De Oratore*, III, 24, 94.

que entre estos retóricos se trazan dos especies de materias: las suasorias y las controversias. Las suasorias se destinan a los muchachos, como de menor momento y que requieren menos inteligencia. Las controversias se señalan a los más robustos; ¡pero tales son ellas, por vida mía, y tal es su composición llena de cosas increíbles! Y se sigue que, así como la materia dista mucho de la verdad, tal se forja la declamación. Así, sucedé que los *premios de los tiranicidas*, o las *elecciones de las prostitutas*, o los *remedios de las pestes*, o los *incestos de las madres*, o cualquiera cosa de aquellas que cada día se controvierten en la escuela, y que rara vez o nunca se tratan en el foro con tanto ahinco; y cuando llega el caso de venir ante los verdaderos jueces... (1).

36. ... pensar la cosa; no podía hablar nada con bajeza, nada con abatimiento. La magnífica elocuencia es como la llama: con el material, se fomenta; con el impulso, se aviva, y, enardeciéndose, brilla. El mismo medio también adelantó en nuestra ciudad la elocuencia de los antiguos. Porque aunque los oradores de aquellos tiempos consiguieron aquellas cosas que era justo se concediesen a una República pacífica. quieta y feliz, no obstante, con esa perturbación y desenfreno les parecía haber conseguido muchas cosas cuando, mezclado todo y careciendo de una cabeza que dirigiese, tanto sabía

(1) Aquí hay otro pedazo interrumpido. Falta el resto del discurso de Mesala; y vemos ya desde aquí que cuanto se dice es del discurso con que acaba Materno.

cualquier orador cuanto podía persuadir a un pueblo desenfrenado. De aquí tanta multitud de leyes a nombre del pueblo; de aquí las arengas de los magistrados, que duraban en los rostros hasta bien entrada la noche; de aquí las acusaciones de reos poderosos y las enemistades vinculadas en las familias; de aquí las facciones de los principales, y las frecuentes contiendas del Senado contra la plebe; todo lo cual, aunque traía dividida la República, daba motivo a ejercitar la elocuencia de aquella edad, y parecía ser colmada de grandes premios. Porque cuanto más podía cada uno en orar, tanto más fácilmente lograba empleos, tanto más sobresalía en los mismos empleos sobre sus compañeros, tanto más favor se adquiría de los magnates, más autoridad entre los padres, más conocimiento y fama para con la plebe. Veíanse llenos de clientes, aun de las naciones extranjeras; mirábanlos con acatamiento los magistrados al mismo tiempo de partir a las provincias; obsequiábanlos éstos mismos después de vueltos de ellas. A éstos parece que voluntariamente convidaban las preturas y los consulados; éstos, aun estando sin empleo, no estaban sin mando; pues manejaban con su consejo y autoridad al pueblo y al Senado. Antes bien: se habían persuadido ellos mismos que ninguno podía conseguir o conservar en la ciudad puesto alguno visible y eminente sin la elocuencia; ni hay que maravillarse, pues eran sacados aun contra su voluntad a orar en presencia del pueblo; y era poco decir brevemente en el Senado su parecer, si no lo defendía con inge-

nio y elocuencia; y también cuando tuviesen que responder por sí mismos si eran acusados por envidia o por algún delito; cuando eran precisados a ser testigos y dar su declaración en público, sin que valiese la excusa de ausencia o el darla por escrito, sino que eran obligados a orar en propia persona y delante del concurso. Así, a los más altos premios de su elocuencia se agregaban grandes conexiones y utilidades; y se tenía por gran cosa, y de mucha gloria, ser elocuente; y, al contrario, por de menos valer, parecer mudo y sin lengua.

37. Así, que no menos eran estimulados por su propio honor que por los premios; ya para que las amistades heredadas de sus mayores no pasasen a otros, ya por no padecer la nota de que, reputados por desidiosos, y que no valian para llenar los empleos, se viesen privados de ellos; o, conseguidos, no supiesen conservarlos. No sé si habrán llegado a vuestras manos estas noticias antiguas, que se conservan todavía en las bibliotecas de los antiguos, y se recopilan con especialidad por Muciano; y creo que ya tiene compuestos y publicados once libros de Actas y tres de Cartas sobre estos asuntos. De ellos puede entenderse bien que Cn. Pompeyo y M. Craso fueron excelentes, no sólo en valor y armas, sino en ingenio y elocuencia; que los Lentulos, los Metelos, los Lúculos, los Curiones y demás próceres colocaron mucho trabajo y cuidado en estos estudios, y que ninguno en aquellos tiempos llegó a gran valimiento sin la elocuencia. A todas estas cosas se agregaban el esplendor de los reos y

la grandeza de las causas, lo cual contribuye mucho para la elocuencia. Porque va mucho en que tengas que orar, o sobre causa de hurto, o sobre fórmula y entredicho (1), o de soborno de comicios, o sobre aliados saqueados y ciudadanos asesinados; cuyos delitos, aunque es mejor que no sucedan, y se ha de tener por mejor aquel estado de la ciudad en que nada de esto padezcamos; no obstante, cuando acontecian, suministraban abundantísima materia a la elocuencia; pues crece la valentía del ingenio con la grandeza de los asuntos; ni puede hacer alguno una oración esclarecida y de lucimiento, si no se le presenta una causa apropiada. No a Demóstenes, según creo, hicieron brillar las oraciones que compuso contra sus tutores; ni hicieron a Cicerón grande orador las defensas en favor de P. Quintio o de Licinio Archias: colmáronle de esta fama Catilina, Milon, Verres y Antonio. No porque el Estado tuviese interés en producir malos ciudadanos, para que tuviesen los oradores abundante materia para orar, sino que digo esto para que—como a cada paso repito—tengamos presente el punto de la cuestión y sepamos que me refiero a aquellos casos que sucedieron más fácilmente en tiempos revueltos de inquietud. ¿Quién ignora ser más útil y mejor disfrutar de la paz que ser atormentados en guerra? Y, sin embargo, más excelentes guerreros da de sí la guerra que la paz. Semejante es la condición de la elocuencia, porque cuantas más veces se presente

(1) Mandato extraordinario del pretor

el orador como en batalla, cuantos más ataques diere y sostuviere, y cuanto mayor fuere el contrario, tanto más esforzado será quien tome sobre si las luchas fuertes; y será tenido por tanto más eminente y ensalzado, y condecorado con aquellas causas públicas, y andará en boca de los hombres; cuya indole es tal, que no quieren las cosas de seguras y aman las inciertas.

38. Paso a la forma y costumbre de los antiguos juicios, la cual, aunque ahora está más en consonancia con las exigencias de la justicia, es indudable que en el antiguo foro se ejecutaba en mayor grado la elocuencia, pues en él ninguno era precisado a perorar dentro de poquísimas horas, eran libres las prórrogas de las sentencias, cada uno se prescribía la duración de su oración, y no se tasaba el número de los días ni de los Patronos. Cn. Pompeyo fué el primero que en su tercer Consulado restringió y puso como freno a la elocuencia (1), de tal suerte, no obstante, que todo se tratase en el foro (2), según las leyes, y a presencia de los Pretores, ante los cuales eran mayores los negocios que antes se acostumbraban a ejercer; de lo cual es la más cierta prueba que las causas Centunvirales, que ahora obtienen el principal lugar, eran en tal extremo deslumbradas con la brillantez de aquellos juicios, que no se lee ningún discurso escrito de César, ni de

(1) La *lex Pompeia de ambitu* (52 a. J. C.) introdujo en Roma la clepsidra ateniese y limitó la duración de los discursos.

(2) Y no en el palacio imperial.

Bruto, ni de Celio, ni de Calvo, ni, en fin, de ningún orador célebre, dicho ante los Centunviro, excepto las oraciones de Asinio, que se intitulan a favor de los herederos de Urbinia, dichas por Polion hacia el medio tiempo de Augusto, después que el largo sosiego de los tiempos, el continuado ocio del pueblo, tranquilidad del Senado y el gobierno de este gran Príncipe habian apaciguado, asi como todas las demás cosas, a la elocuencia.

39. De poco momento, y acaso digno de risa, parecería lo que voy a decir; pero lo diré por lo mismo, y para reir. ¿Cuánta vileza podremos pensar que atrajeron a la elocuencia esos ropones (1), en que, como metidos en saco, y como embutidos, hablamos con los Jueces? ¿Cuánto vigor podremos creer que quitaron a la elocuencia los auditorios (2) y los archivos; en los cuales se exponen ya, por lo común, las principales causas? Porque, asi como los caballos generosos son probados en la carrera y largo espacio, así viene a ser de algún modo el campo de los oradores; por lo cual, si no corren libres y desembarazados, se debilita y quiebra la elocuencia; aun en el mismo cuidado y anhelo del cuidado-
so estilo obtenemos un sentido contrario al que deseábamos, pues muchas veces pregunta el Juez:

(1) Tácito escribe *pænulas*, especie de capa con capuchón que se usaba, sobre todo, en los viajes. Materno parece referirse a ciertos abogados que usaban este traje en vez de la toga, que era la vestidura corriente para hablar ante los tribunales.

(2) Salas de lectura.

«¿Cuándo vas a empezar?», y a su pregunta tiénese que empezar. Frecuentemente el muy importuno manda callar a los documentos y testigos; ya uno, ya otro, entre estas cosas, se presenta, y se trata de la cosa como en desierto. Mas al orador le es precisa la aclamación y el aplauso, como si estuviese en un teatro; cosas que acontecían todos los días a los antiguos oradores, cuando tantos y tan nobles no cabían en el foro; cuando asistían a los que estaban en riesgo las clientelas, las tribus, los Comisarios de los Municipios y departamentos de Italia; cuando en los más de los juicios creía el pueblo romano ser cosa de su inspección ver lo que se decretase. Es cosa sabidísima que C. Cornelio, M. Escauro, T. Milon, L. Bestia y P. Vatinio fueron acusados y defendidos delante de la concurrencia de toda la ciudad, de suerte que podía avivar y enardecer a los más fríos oradores la misma contienda del pueblo apasionado por unos o por otros. Existen escritos de tal naturaleza, que aquellos que los pronunciaron no necesitan otros títulos de gloria para ser juzgados.

40. Además de esto, las oraciones continuas al pueblo, y el derecho que le era concedido de oponerse a cualquiera poderoso, y la jactancia misma de la enemiga, cuando muchos de los oradores no se las ahorraban ni aun con P. Scipión, o con Sula, o con Cn. Pompeyo, e introduciéndose los histriones en los oídos del pueblo, según es condición de la envidia, para provocar a los varones más principales, ¡cuánto ardor estimulaba a los ingenios, cuánto fuego a los oradores!

No hablamos de asuntos pacíficos y sosegados, y que necesiten suavidad y moderación; esa grande y eminente elocuencia es hija de aquel desahogo que los necios llaman libertad, compañera de las turbulencias, aguijón de un desenfrenado pueblo sin sumisión, sin esclavitud, contumaz, temerario, arrogante, que no se cría en las bien arregladas ciudades. ¿Qué orador hemos oído citar de Lacedemonia?, ¿cuál es de Creta?, cuyas ciudades se reputan de una severísima educación y rigurosísimas leyes. Tampoco hemos conocido la elocuencia ni de los macedonios, ni de los persas, ni de alguna otra nación que estuviese gobernada con cierto supremo imperio. Algunos oradores hubo entre los rodios, muchísimos entre los atenienses; entre los cuales, todas las cosas, el pueblo, todos, los no instruidos, todos, por decirlo así, lo podían todo. También nuestra ciudad, mientras anduvo suelta; mientras se acaloraba en partidos, en disensiones y discordias; mientras no hubo paz en el foro, ninguna unión en el Senado, ninguna rienda en los juicios, ningún obsequio a los superiores, ni restricción en los magistrados, dió, sin duda, la más valiente elocuencia, así como el campo inculto produce ciertas hierbas más lozanas. Pero ni importó tanto a la República la elocuencia de los Gracos para sufrir sus leyes (1), ni Cicerón compensó con su muerte su fama de orador.

41. Así, la parte de antiguo que queda a los oradores, es buena prueba de no ser enmendada la elo-

(1) Sus leyes, agravios.

cuencia, ni a deseo de la ciudad bien arreglada; porque ninguno nos llama a la defensa, sino algún delincuente o infeliz. ¿Qué Municipio viene a nuestro patrocinio, sino es algún pueblo cercano agitado de una doméstica disensión? ¿A qué provincia defendemos, sino saqueada y maltratada? Y, en verdad, hubiera sido mejor no querellarse, que buscar la defensa. Y si se hallase alguna ciudad en que ninguno delinquiese, sería entre los inocentes ocioso el orador, como entre los sanos el médico. Porque así como el arte de curar tiene menos ejercicio y hace menores progresos en aquellos pueblos que gozan de una salud robustísima y perfecta, así entre las buenas costumbres, y entre aquellos que están dispuestos a la sujeción de un príncipe, es menor y más oscura la gloria de los oradores. Y ¿qué necesidad hay de largos pareceres en el Senado, puesto que los buenos prontamente se uniforman? ¿Qué necesidad hay de largas arengas al pueblo, cuando acerca de la República no deliberan muchos, ni la plebe poco instruída, sino uno, el más sabio? (2). ¿Qué necesidad hay de espontáneas acusaciones, cuando tan pocas veces y tan escasamente se delinque? ¿Qué necesidad hay de unas defensas encarnizadas y desmedidas, cuando la clemencia del que ha de sentenciar sale al paso a los que padecen? Creedme, ¡oh buenos y elocuentísimos varones, dentro de lo que procede!, si vosotros hubierais nacido en aquellos siglos, o esos a quienes admiramos hubie-

(2) Alusión a Vespasiano.

ran florecido en éstos, y algún numen hubiera mudado de repente vuestras vidas y vuestros tiempos, ni a vosotros os habría faltado aquel extremado aplauso y gloria, ni a ellos medida y equilibrio. Pero ahora, por cuanto ninguno a un mismo tiempo puede gozar de una grande fama y sosiego, goce cada cual del bien de su siglo, sin murmurar del otro.

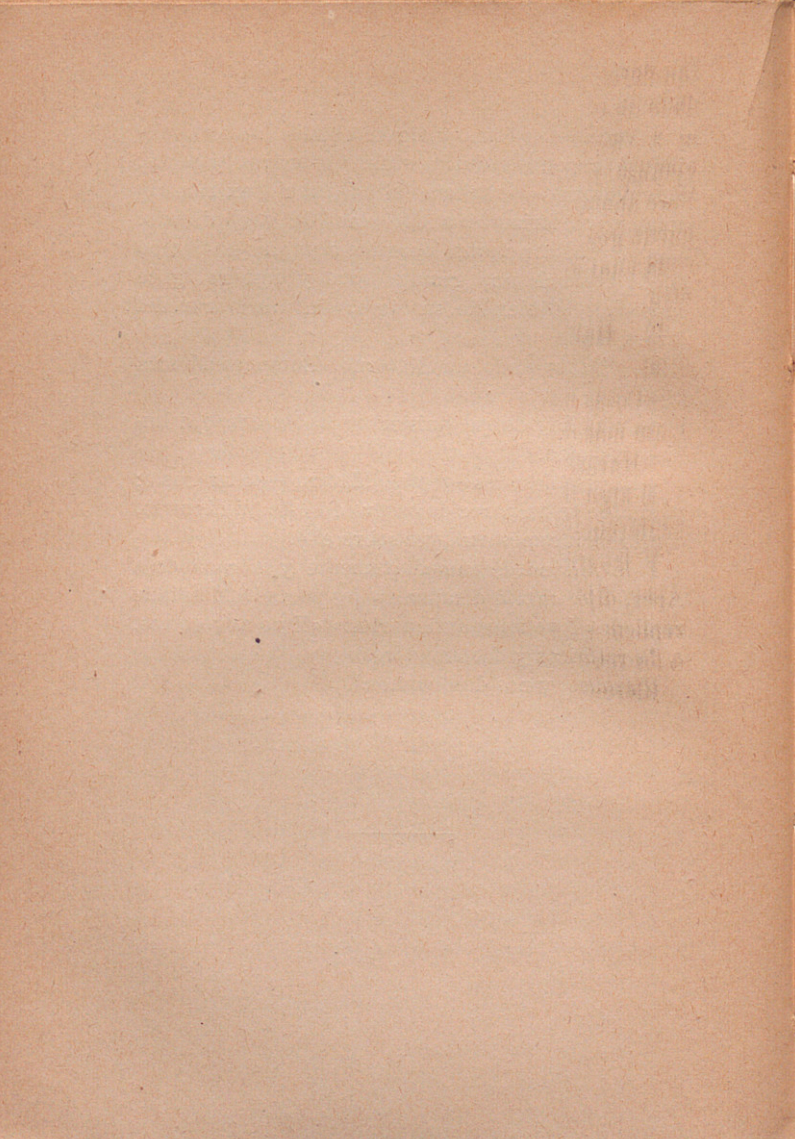
42. Había dado fin Materno. Entonces Mesala dijo:

—Cosas hay de que quisiera se hablase más si hubiese más día.

—Haráse después—replicó Materno—a tu gusto; y, si algo te ha parecido oscuro en este mi discurso, conferenciaremos otra vez sobre ello.

Y levantándose inmediatamente y abrazando a Aper, dijo: «Yo te delataré a los poetas.» Mesala le replicó: «Y yo a los anticuarios.» «Y yo a vosotros, a los retóricos y declamadores.»

Riéronse, y nos despedimos.



INDICE

Del sitio, costumbres y pueblos de la Germania	9
Diálogo de los oradores	49



COLECCIÓN UNIVERSAL

OBRAS PUBLICADAS

- 1-4.—*Poema del Cid*. Texto y traducción, por Alfonso Reyes.
- 5-6.—LOPE DE VEGA: *Fuente Ovejuna*. Comedia. Edición revisada por Américo Castro.
- 7.—M. KANT: *La paz perpetua*. Ensayo filosófico. Traducción, por F. Rivera Pastor.
- 8-10.—O. GOLDSMITH: *El Vicario de Wakefield*. Novela. Traducción, por Felipe Villaverde.
- 11-13.—LA ROCHEFOUCAULD: *Memorias*. Traducción, por Cipriano de Rivas Cherif.

14-15.—J. ORTEGA MUNILLA, de la Real Academia Española. *Relaciones contemporáneas*.

16.—P. MÉRIMÉE: *Doble error*. Novela. Traducción por A. Sánchez Rivero.

17-20.—STENDAL: *Rojo y negro*. Novela. Tomo I.—Traducción, por Enrique de Mesa.

21-24.—STENDAL: *Rojo y negro*. Novela. Tomo II. Traducción, por Enrique de Mesa.

25-26.—W. GOETHE: *Las cuitas de Werther*. Novela. Traducción, por José Mor de Fuentes, revisada y corregida.

27.—ANTONIO MACHADO: *Soledades, Galerías y otros poemas*. Segunda edición.

28-29.—CERVANTES. *Novelas ejemplares*. Tomo I.—«La Gitanilla» y «El amante Liberal».

30-33.—L. ANDREIEV: *Sachka Yegulev*. Novela. Traducción del ruso, por N. Tasin.

- 34-35.—C. CASTELLO-BRANCO: *Dos novelas del Miño*, Traducción del Portugués, por P. Blanco Suárez.
- 36-37.—CICERÓN: *Cuestiones Académicas*. Traducción del latín, por A. Millares.
- 38-40.—VILLALÓN: *Viaje de Turquía*. Edición, por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos. Tomo I.
- 41-43.—VILLALÓN: *Viaje de Turquía*. Tomo II. Edición, por A. Solalinde.
- 44-45.—VLADIMIRO KOROLENOK: *El día del juicio*. Traducción del ruso, por N. Tasin.
- 46-47.—*Novelas*, de Serafin Estébanez Calderón «El Solitario».
- 48.—LEIBNITZ: *Opúsculos filosóficos*. Traducción de Manuel García Morente.
- 49-51.—PLUTARCO: Tomo I. *Vidas paralelas*. Traducción de Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida.

- 52-54.—ABATE PRÉVOST: *Manon Lescaut*. Novela. Traducción del francés, por Enrique de Mesa.
- 55-56. —RUIZ DE ALARCÓN: *Los pechos privilegiados*. Comedia. Edición cuidada por Alfonso Reyes.
- 57.—LUIS VÉLEZ DE GUEVARA: *El diablo cojuelo*.
- 58-60.—GEORGE ELIOT: *Silas Marner*. Traducción de Isabel de Oyarzábal.

CONDICIONES ECONÓMICAS
DE LA
COLECCION UNIVERSAL

Cuando CALPE proyectó esta hermosa serie de libros maestros, atendió inmediatamente a resolver dos partes principalísimas del problema: la de la producción abundante y la de la economía en el precio.

La primera, que forzosamente había de ser crecida, en virtud de la inmensa cantidad de obras que integran el gran libro de la literatura universal, quedó resuelta con la ayuda de numerosos y distinguidos literatos y traductores que, además de su producción original, se ocupan en el difícil trabajo de escudriñar las bibliotecas más famosas del mundo, y, añadido esto, a poder contar con muchos y modernos materiales de artes gráficas, ha sido posible llegar a una producción de

VEINTE NUMEROS DE UNAS CIEN PÁGINAS
CADA MES

tamaño $10\frac{1}{2} \times 15\frac{1}{2}$ cms., que equivalen a un total de unas

VEINTICUATRO MIL PÁGINAS ANUALES

Pero hubiera quedado incompleto nuestro propósito, si a la mencionada producción no hubiéramos podido hermanar la economía en el precio. Al efecto, merced a un gran esfuerzo de organización y a los muchos elementos y desembolsos destinados a esta Biblioteca, hemos conseguido poder fijar para los volúmenes sueltos el infimo precio de

TREINTA CÉNTIMOS CADA NUMERO

que quedan reducidos a la limitadísima cantidad de

VEINTICINCO CÉNTIMOS

para los que se suscriban por un trimestre, un semestre o un año, a la proporción de quince pesetas cada tres meses.

El tipo de volumen regular es el de unas

CIEN PÁGINAS

con un número de orden, y al precio de treinta céntimos cada uno; pero cuando por la extensión del original sean precisas más páginas, el volumen será *doble*, *triple* o *cuádruple*, con dos, tres o cuatro números de orden, y a los precios de

60 cénts., 90 cénts. y 1,20 pts.

por tomos sueltos, o a la proporción de

50 cénts., 75 cénts. y 1,00 pts. por suscripción.

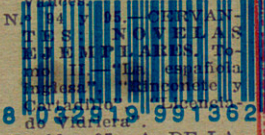
Novela.

- N.º 8, 9 y 10.—O. GOLD-SMITH: **EL VICARIO DE WAKEFIELD.**—Traducción del inglés por Felipe Villaverde.
- N.º 14 y 15.—J. ORTEGA Y MUNILLA: **RELACIONES CONTEMPORANEAS.**
- N.º 16.—P. MERIMEE: **DOBLE ERROR.**—Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.
- N.º 17, 18, 19 y 20.—STENDHAL: **ROJO Y NEGRO.** Tomo I.—Traducción del francés por E. de Mesa.
- N.º 21, 22, 23 y 24.—STENDHAL: **ROJO Y NEGRO.** Tomo II.—Traducción del francés por E. de Mesa.
- N.º 25 y 26.—GOETHE: **LAS CUITAS DE WERTHER.**—Traducción del alemán por J. Mor de Fuentes.
- N.º 28 y 29.—CERVANTES: **NOVELAS EJEMPLARES.** Tomo I. "La gitanilla" y "El amante liberal".
- N.º 30, 31, 32 y 33.—L. ANDREIEV: **SACHKA YEGULEV.**—Traducción del ruso por N. Tasin.
- N.º 34 y 35.—CASTELLO BRANCO: **DOS NOVELAS DEL MISMO.**—Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.
- N.º 44 y 45.—V. KOROLENKO: **EL DIA DEL JUICIO.**—Traducción del ruso por N. Tasin.
- N.º 46 y 47.—S. ESTEBANEZ CALDERON: **NOVELAS Y CUENTOS.**
- N.º 52, 53 y 54.—ABATE PREVOST: **MANON LESCAUT.**—Traducción del francés por E. de Mesa.

- N.º 57.—VELEZ DE GUEVARA: **EL DIABLO COJUELO.**
- N.º 58, 59 y 60.—GEORGE ELIOT: **SILAS MARNER.**—Traducción del inglés por Isabel Oyarzábal.
- N.º 61 y 62.—ALEJANDRO KUPRIN: **EL DIOS IMPLACABLE.**—Traducción del ruso por N. Tasin.
- N.º 63, 64 y 65.—TRINDADE COELHO: **MIS AMORES.** Cuentos.—Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.
- N.º 72 y 73.—ALFREDO DE MUSSET: **CUENTOS.** Tomo I.—Traducción del francés por L. Fernández Ardavin.
- N.º 74 y 75.—LEOPOLDO ALAS (CLARIN): **EL SEÑOR Y LO DEMAS SON CUENTOS.**
- N.º 81 y 82.—CHEJOV: **LA SALA NUMERO 6.** Cuentos.—Traducción del ruso por N. Tasin.
- N.º 86, 87 y 88.—E. ABOUT: **EL REY DE LAS MONTAÑAS.**—Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.
- N.º 91, 92 y 93.—S. SANDOZ: **LA SESORITA DE LA SERRIERE.**—Traducción del francés por Pedro Vazquez.
- N.º 94 y 95.—CERVANTES: **NOVELAS EJEMPLARES.** Tomo II. "La española inglesa", "Cinco años y un día" y "El conde de Vidriera".
- N.º 96 y 97.—A. DE LA LLOVET: **LA...**—Traducción del francés por Juan José Llovet.



Made in Italy
06-15 MIN



www.colibrissystem.com

Viajes y Memorias.

N.º 11, 12 y 13.—LA RO-CHEFOUCAULD: MEMORIAS. — Traducción del francés por Cipriano Rivas Cherif.

N.º 38, 39 y 40.—VILLALON: VIAJE DE TURQUIA. Tomo I.—Edición cuidada por A. G. Solalinde.

N.º 41, 42 y 43.—VILLALON: VIAJE DE TURQUIA. Tomo II.—Edición cuidada por A. G. Solalinde.

N.º 66, 67 y 68.—MME. DE STAEL: DIEZ AÑOS EN EL DESTIERRO.—Traducción del francés por M. Azaña.

N.º 76 y 77.—L. STERNE: VIAJE SENTIMENTAL. — Traducción del inglés por A. Reyes.

N.º 98, 99 y 100.—M. D'AZEGLIO: MIS RICUERDOS. Tomo I.—Traducción del italiano por E. de Echauri.

La Colección Universal publica todos los meses VEINTE números, o sean unas DOS MIL páginas de selecta lectura, repartidas en ocho o diez tomos de presentación elegante y de cómodo uso. Los 240 números anuales de la Colección Universal constituirán una copiosa y elegida biblioteca de unos 100 tomos.

La Colección Universal admite suscripciones por un trimestre, un semestre y un año. Para los suscriptores, el precio del número es de 0,25.

Suscripción trimestral.....	15	ptas.
— semestral.....	30	—
— anual.....	60	—

Pedidos y suscripciones a
Compañía Anónima CALPE

Consejo de Ciento, 416 y 418

Apartado 89

BARCELONA